

S.S
SERVICIO SECRETO

GEORGE H. WHITE

# LA MUERTE MADRUGA

# LA MUERTE MADRUGA

GEORGE H. WHITE

# LA MUERTE MADRUGA

1.ª EDICIÓN
DICIEMBRE - 1961




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 15.105 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 5739/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
693 — Escuela de tahúres. 699 — Justicia de plomo. 714 — Muerte a los invasores.

En Colección SERVICIO SECRETO:
463 — Secuestro sensacional. 510 — La muerta habló a tiempo. 581 — El hombre que murió dos veces.

En Colección BUFALO:
423 — La cerca maldita.

En Colección CALIFORNIA:
205 — Agencia de pistoleros. 211 — Plazo: al ponerse el sol. 265 — Luchando sobre la tierra.

En Colección SALVAJE TEXTS:
248 — Pólvora y sangre.

En Colección KANSAS:
96 — Ciudad de corrupción. 99 — Corazón de gigante. 165 — El reino de Mac Hale.

En Colección COLORADO:
74 — Ciudad del oro. 161 — Atardecer sangriento. 213 — Dispuesto a morir.

En Colección ASES DEL OESTE:
71 — Hijo del desierto. 130 — El pastor del Colorado.

# La muerte madruga

por George H. White

## CAPÍTULO PRIMERO

Al detener su auto ante la iluminada entrada de “The House Blue”, nombre un tanto caprichoso que no expresaba el verdadero carácter de un club nocturno de acusada mala nota, Eddie Ray descubrió un hueco en la zona de aparcamiento entre un pequeño coche de importación y un flamante “Thunderbild” pintado de brillante color rojo.

La presencia del auto rojo, por otra parte bien conocido de la mayoría de los habitantes de Stanville, vino a poner fin a la búsqueda de Eddie.

Puesto que el coche de Harry Levinson estaba allí, su dueño no debía encontrarse lejos.

Eddie dio marcha atrás, maniobró con rapidez y habilidad y aparcó junto al “Thunderbild”. Luego, al echar pie a tierra, Eddie comparó con amargura su propio “Hudson” de segunda mano con la flamante máquina de Levinson.

“Tal vez equivoqué la carrera —se dijo—. Si en vez de estudiar Leyes me hubiese dedicado a contravenir la Ley, hoy tendría un auto como ese y tanto dinero como los hermanos Levinson”.

Alguna vez, de tarde en tarde, en especial si algún asunto no marchaba bien, Eddie Ray se hacía esta clase de reflexiones. Pero en realidad no era sincero cuando hablaba así.

Su vida había cambiado el día que abandonó el reformatorio para ser confiado a la tutela de Michael Harper, y jamás desde entonces había

dejado de sentirse agradecido a su mentor. Gracias a este, él era abogado a los veintinueve años, tenía un empleo de mucho porvenir, y al acostarse rendido por las noches se dormía con la placidez del hombre que vive en paz con su conciencia.

Otros compañeros suyos de la infancia habían prosperado mucho. Dos o tres de ellos poseían coches tan buenos como el de Levinson. Pero otra inmensa mayoría seguían recluidos en presidio, y unos cuantos escribieron una breve y dramática historia que acabó trágicamente en la silla eléctrica o la cámara de gas.

Era difícil saber a estas alturas cuál hubiera sido su destino si no se hubiese apartado a tiempo de la senda del mal.

Eddie se hizo esta reflexión y, suspirando, se encaminó hacia la puerta del salón, que estaba unos metros más allá. Los sinuosos trazos de tubos de neón que formaban el nombre del salón, proyectaron su fluorescente azul en su rostro hermético, de correctos y bien definidos rasgos, en donde destacaban los ojos oscuros.

Se detuvo ante la puerta, secándose el sudor que perlaba su frente y humedecía sus manos. En Stanville, a media noche y sin brisa, el calor era sofocante.

Un hombre y una mujer, cogidos del brazo, pasaron por delante de él, mirándole con curiosidad. Ed conocía a la pareja. Temiendo que ellos le hubiesen reconocido, sintiéndose avergonzado, dio media vuelta, y regresó junto al noche.

Unos soldados, acompañados de unas chicas, bajaron por el boulevard Lincoln y se perdieron calle arriba, entonando a media voz viejas canciones.

En esto, Ed vio aparecer a Helen en la puerta del salón. Vestía un traje de seda azul. Llevaba el cabello rubio ceniza, recogido en lo alto de la cabeza. Harry Levinson la seguía. Era un hombre delgado, no feo, de fríos y despiadados ojos. Dos de sus guardaespaldas le acompañaban. Eran Howard Green, alto y desgarbado, y el mastodonte de Willis Hunt.

Elena vio a Ed y mostró claramente su sorpresa al encontrarlo allí. Atravesó rápida la acera y entró en el lujoso coche de Levinson.

Eddie, un tanto impulsivo, pasó por delante de Levinson y se acercó a Helen.

—Hola, Helen. Estaba aguardándote. Prometí a tu padre llevarte a casa.

Ella le miró fría y altanera por la portezuela abierta.

—No necesito niñera, Ed. Puedes ir a decírselo a mí padre. Además, ya voy acompañada.

—Si llamas compañía a la de ese individuo, más te valiera ir sola —gruñó Ed.

Harry Levinson, que hasta entonces fingiera ignorar a Eddie Ray, le miró furiosamente y le puso una mano sobre el hombro.

—¡Lárguese, amigo! ¿No se ha dado cuenta de que está molestando a la señorita?

Ed se revolvió contra Levinson y le dio un empujón. El “gangster” retrocedió varios pasos hasta caer en brazos de Howard Green. Ed le dio la espalda y volvió a insistir:

—Vamos, Helen, baja enseguida. Tu padre se disgustará mucho.

Ella no le contestó. Estaba mirando por encima del hombro de Eddie Ray.

—¡Cuidado, Ed! —gritó.

Ray se hizo a un lado rápidamente, antes de que Willis Hunt pudiera descargarle un golpe en la nuca. El brutal Hunt fue a incrustarse contra la portezuela, al encontrar el vacío en su feroz embestida.

Harry Levinson, que ya había recuperado el equilibrio, sé tiró de las mangas de su impecable “smoking” y ordenó:

—¡Quieto, Willis! Y usted, Ray, no sea impertinente y lárguese si no quiere que Willis le rompa la cara. La señorita Harper salió conmigo y regresará en mi compañía.

—Pues tendrán que llevarme a mí también —exclamó Ed.

Levinson hizo una seña impaciente a Willis y este se dispuso a atacar.

—¡Maldito cobarde! —gritó Ed—. ¿No sabe usted pelear por sí mismo?

Se abalanzó contra Levinson, intentando pegarle un puñetazo, pero este se perdió en el vacío ante la arremetida de Willis. Ed retrocedió violentamente y chocó contra el coche, cuyo metal crujió. Un grito de Helen sonó simultáneo.

Como un rayo se revolvió entonces Ray, descargando un puñetazo contra Howard Green y obligándole a despejar el camino para llegar a Levinson. Pero Hunt se le tiró a la espalda. Ed le hizo una llave de judo lanzándolo por encima de su cabeza sobre el asfalto. Luego recibió a Green con un formidable gancho que le obligó a retroceder violentamente hasta la puerta del salón.

Los cristales de la puerta se hicieron pedazos con estrépito, envolviendo la figura de Howard Green.

Cuando Willis Hunt se abalanzaba sobre Ray, se dejó oír la sirena de la policía. Momentos después un coche de patrulla se detenía delante del salón, saltando de él los agentes que corrieron a apartar a Willis Hunt y a Howard Green, quienes sin éxito intentaban dominar al violento Ed.

Levinson se volvió hacia los policías.

—Soy Harry Levinson. Ese tipo me atacó sin haber sido provocado.

Los policías miraron sorprendidos a Eddie Ray.

—¿Tiene usted algo que decir, señor Ray? —le preguntaron.

Eddie movió negativamente la cabeza. Un pequeño grupo de gente se había detenido y seguía la discusión con curiosidad. Helen se refugió en el interior del auto esforzándose para no ser reconocida.

Los agentes indicaron a Levinson que podían marcharse. Levinson, seguido de sus matones, subió al coche donde la pálida y asustada Helen aguardaba, y desde la ventanilla miró a Ed.

—Algún día sus policías llegarán demasiado tarde para impedir que yo le abra la cabeza —le dijo.

—No es usted bastante hombre para hacer eso por sí mismo —le contestó Ed con desprecio.

Levinson le volvió la cara y el vistoso “Thunderbild” se alejó.

Uno de los agentes golpeó suavemente la espalda del joven.

—Es usted muy impulsivo, señor Ray. En lo sucesivo procure tener más calma.

Eddie lanzó una mirada de disgusto hacia las luces de cola del coche de Levinson que se alejaba. Abrió la portezuela de su “Hudson” y se metió en él. Puso el motor en marcha y el coche arrancó.

El señorial edificio donde el señor Harper tenía su hogar se alzaba a pocos metros del Ayuntamiento, en donde estaban las oficinas, la Fiscalía y el cuartel de la policía.

La casa, rodeada de frondosa vegetación, no podía verse desde la calle. Cuando Ed atravesó la verja y se internó en el jardín pudo ver que la ventana de la sala estaba iluminada.

Abrió con su llavín y penetró en el inferior, atravesando el amplio vestíbulo y deteniéndose ante la puerta de la izquierda. Esta estaba abierta de par en par y dejaba ver un elegante salón con gruesas alfombras y cortinajes de terciopelo color granate. Una araña de grandes proporciones pendía del techo e iluminaba la estancia.

Sentado en un sillón, al otro lado de la mesa ovalada, Michael Harper le contemplaba con expresión de ansiedad.

—¿Y bien? —murmuró.

Ed entró en la habitación, mirando al dueño de la casa con tristeza.

—Vienes solo… ¿No la encontraste? —dijo Harper lentamente.

Ed miró unos instantes el venerable rostro que temía frente a él. Sentía un gran afecto hacia el fiscal Harper, había sido un ejemplo y una ayuda para su adolescencia, inquieta y llena de amargura. Hubiera querido evitar tener que darle aquella noticia.

—No quiso acompañarme —murmuró en voz baja.

Michael Harper frunció sus labios en una mueca de amargura y se cubrió el rostro con las manos.

—Me lo temía —dijo—. No concibo cómo Helen ha podido llegar tan bajo. ¿Qué ha podido ver en ese despreciable “gangster”? ¿Se ha puesto de moda ahora que las hijas de familia respetables se dejen acompañar por la hez y la escoria de la ciudad?

—Mucho peor que eso. Me temó que Helen se ha enamorado.

El fiscal separó sus manos, dejando al descubierto su rostro y miró a

Eddie con asombro.

—¡Enamorada! —protestó—. ¡No puedo creerlo! Uno se enamora de aquello que admira. ¿Acaso puede ella admirar el vicio, la corrupción, los crímenes? No… ¡Qué ironía la del destino, muchacho! Tú, a quién saqué de un reformatorio, resultas ser para nosotros mejor hija que esa muchacha que se crio en tan distinto ambiente. No, no es posible que Helen esté enamorada da un… de ese…

—No, usted no lo comprenderá por más que se esfuerce —dijo Ed moviendo la cabeza—. Consideremos el caso desde el punto de vista de Helen. Es una chica joven, voluntariosa y de carácter, independiente. También es un poco "snob"… El joven Levinson no está exento de atractivo. Es astuto, sabe tratar a las chicas y tiene marcado un plan a seguir.

—Sus planes, los planes de ese canalla nunca me han sido desconocidos —se alteró el fiscal—. Pretende desprestigiarme ante el mundo, salpicarme con el lodo que le rodea y hundirme con él en esa vida corrompida… Le exasperaba mi inquebrantable actitud ante sus repetidas tentativas de soborno y me ataca en aquello que más quiero. Si ha conseguido enamorar a Helen, intentará llevarla hasta el matrimonio. Se imagina que conseguirá así amansarme, que mi actitud cambiaría. Se imagina que teniéndome por suegro, yo cerraría los ojos para muchas de las cosas que suceden en la ciudad.

—No vaya tan Lejos, señor Harper —aconsejó Ed—. Helen no será capaz de casarse con él. Yo fiaría en su buen juicio.

El fiscal dejó caer sus brazos abatido. En ese instante, se oyeron unos pasos que se acercaban y poco después la señora Harper entró en la sala. Su rostro, muy semejante al de su hija, expresaba su preocupación.

—¿Dónde está Helen? —preguntó.

Ed dio las "buenas noches" y se retiró discretamente a su habitación. No tardó en oír discutir a los esposos. No entendió lo que decían. Solo llegaba hasta él un murmullo apagado. Pero supuso de lo que se trataba.

Ed acababa de desnudarse cuando oyó sonar el timbre del teléfono. Había un aparato en el vestíbulo y otro en el despacho particular del fiscal. Ed se puso la bata y fue a tomar este último, descolgando el auricular.

—Hola, Ed —le saludó la simpática voz de Shirley Graves.

Ed se sorprendió. Que Shirley le llamara tan tarde era tan inusitado que tuvo el presentimiento de que había sucedido algo grave.

—Lo siento, Eddie —le dijo la muchacha—. Tengo que darte una mala noticia. Acaban de hacerme una confidencia que sé te interesaría. Mañana, a primeras horas de la mañana, Harry Levinson y Helen Harper proyectan contraer matrimonio.

—¿Estás segura de lo que dices? —exclamó Ed.

—Dentro de lo que cabe. Ya sabes que Morley es miembro de la banda

de Levinson, aunque eso no le priva de tener un hermoso corazoncito que late por Shirley Graves.

—¡Pero eso es absurdo! —Eddie había hablado en voz baja, ahogada de indignación, pero temió que alguien pudiera oírle—. Está bien, gracias por la noticia de todos modos.

Colgó el teléfono y se quedó pensativo unos instantes. Helen no había regresado todavía. Consultó su reloj, eran las 12'45. Ed presintió que Helen Harper ya no tenía intención de volver a su casa. Debió haberlo comprendí de mucho antes al darse cuenta de que ella no había regresado directamente de "The House Blue". Pero lo que más le preocupaba era su intención de contraer matrimonio con Levinson. Era inconcebible que la muchacha hubiera prescindido de sus prejuicios hasta el extremo de casarse con Levinson. Más por otra parte sabía que Shirley Graves era una buena amiga suya y una excelente periodista, incapaz de mentirle a él.

Ed decidió que debería ir a dar una vuelta por casa de Levinson. Volvió a vestirse y cuando estuvo listo bajó la escalera, saliendo a la calle.

Ya en su coche, puso el motor en marcha. Se dirigió a casa de Harry Levinson, dejando el coche aparcado dos manzanas más allá y haciendo el resto del trayecto a pie.

El calor iba cediendo un poco. Una ligera brisa refrescante pareció animar a Ray a internarse por el oscuro jardín, solo iluminado por las estrellas que fulgían en el firmamento.

Sus pies, al pisar la grava del caminó producían un chirrido, pero solo se escuchaba ese ruido.

Eddie fue avanzando hasta que la fachada de la casa apareció ante él. Se detuvo unos instantes, contemplando la rotonda encristalada por dónde salía la luz de una lámpara.

En ese instante, a su derecha, por entre unos matorrales, oyó un débil crujido.

"Será algún animalillo", se dijo Ray.

Se acercó hacia la terraza y subió los escalones, acercándose a los cristales, a través de los cuales miró.

Una sala de grandes proporciones, elegantemente amueblada, apareció ante sus ojos. En el centro, una mesita, la chimenea ahora apagada; a la derecha una biblioteca, a la izquierda...

Ray vio a Helen Harper inclinada en el suelo. Cerca de ella había un sofá, en el que estaba el bolso de la joven.

Ray empujó la ventana encristalada comprobando que estaba abierta. Pasó a su través y entró en la sala.

Helen ni siquiera le oyó, tan abstraída parecía, y Eddie rodeó el sofá y pudo ver entonces lo que la muchacha contemplaba.

Unos pies a los que seguían unas piernas y el cuerpo de un hombre.

Eddie llegó hasta donde estaba la joven, y entonces ella se volvió. Tenía

los ojos vidriosos y los fijó estúpidamente en Eddie como si no se diera cuenta de su presencia, Luego volvió a mirar al muerto y se levantó lentamente, con algún trabajo, y una mueca de espanto fue extendiéndose por su rostro.

De repente se volvió hacia Eddie y se arrojó en sus brazos, sollozando.

—¡Oh, Ed! ¡Está muerto!

Ray la miró sombrío mientras le acariciaba el cabello.

—¿Cómo has podido hacerlo? —murmuró casi en un gemido.

# CAPÍTULO II

Helen Harper se alejó de Ray, mirándole con horror.

—¡Ed, dime qué estás pensando! —exclamó echándose a temblar—. Tú no creerás que yo... que yo le haya matado, ¿verdad? ¡Dios mío! ¡Ed, tú no puedes pensar una cosa semejante de mí!

—Cálmate, Helen. No he dicho... —Ed se interrumpió—. Bueno, es igual. Temí que le hubieses matado, pero si tú dices que no fuiste, té creo. Tú estabas aquí. Seguramente viste al asesino.

—¡Dios mío, no!

—Helen, dime pronto todo lo que sepas —apremió Ray, echando una nerviosa mirada en rededor—. Si no viste a nadie, al menos oirías algo...

—Oí el disparo, eso fue lo que me despertó. Harry me trajo aquí después de haberse peleado contigo en la ciudad... tuvimos una discusión. Le dije que quería volver a casa, pero él se excusó diciendo que esperaba una visita... que luego me iba a llevar a casa. Me llevó al salón contiguo, me dijo que esperara y salió. Yo debí quedar dormida... había bebido más de la cuenta y sentía qué todo me daba vueltas. De pronto me despertó sobresaltada el ruido del disparo. Llamé a Harry, vine aquí y lo encontré... dónde está. ¡Oh, Ed, tengo miedo!

El joven se acercó al cadáver y le contempló unos instantes. Un círculo rojizo iba ensanchándose sobre la tela de la camisa. De una forma mecánica le auscultó, aunque sabía ya de antemano que estaba muerto.

Se incorporó y miró a su alrededor. Sobre la mesita había dos vasos a medio vaciar y un cenicero, con una colilla humeante. Ray se acercó al sofá y cogió el bolso de Helen.

—Debes regresar enseguida a casa —dijo.

Ella se dejó conducir dócilmente y Ed la sacó de la casa.

—¿Qué va a ocurrir ahora, Ed? —preguntó la muchacha.

—No lo sé —contestó Ed, encogiéndose de hombros.

Mientras atravesaban el jardín se acentuó la sombría expresión que había en sus ojos. Pensaba en el escándalo que se avecinaba. Veía en su imaginación a Helen encarcelada por orden de su propio padre.

Comprendía lo que aquello significaría para el fiscal... Renunciaría a su cargo... eludiendo el penoso deber de tener que acusar a su propia hija. Luego, Helen en el banquillo de los acusados contestando a las preguntas del fiscal suplente... tal vez condenada a veinte años de prisión...

—No comprendo quién ha podido hacer una cosa semejante —gimió Helen.

—Cualquiera pudo hacerlo —contestó Ed, abruptamente.

Habían llegado al lugar donde Ed estacionara su coche, y el joven abrió la portezuela haciendo un brusco gesto a Helen para que subiera al coche. Estaba irritado con ella. En realidad, la consideraba culpable, pero sabía que nada debía decirle. ¿Para qué? Ahora era demasiado tarde. Solo una cosa le quedaba por hacer.

—En cuanto llegues a casa, sube inmediatamente a tu cuarto, procurando que nadie te vea. Tu padre no sabe que pensabas casarte mañana ni que estabas en casa de Levinson. Y debe seguir ignorándolo.

Ella le miró con amargura.

—Estás en un error, Ed, No pensaba casarme. Desistí de ello esta misma noche.

Ed dio un respingo.

—Escucha, Helen. No vuelvas a repetir eso a nadie. Pase lo que pase, tú llegaste a casa sobre las doce y media. Ni un minuto más tarde. ¿Entendido?… Bien, pues ahora márchate y haz lo que te he dicho.

—¿Tú no vienes? —preguntó ella, temblorosa.

—No.

Había tal expresión de enojo en, el rostro de Ed, que la joven no se atrevió a insistir. Puso el motor del coche en marcha y poco después desapareció calle arriba.

Ed regresó a la casa de Levinson y tras asegurarse de que nadie había llegado en su breve ausencia, entró en la sala donde yacía el cadáver de Levinson, rodeado de un silencio impresionante.

Limpió los vasos, fue pasando un paño por todas las superficies donde Helen Harper o él mismo hubieran podido dejar sus huellas. Cuando todo estuvo bien limpio, se inclinó hacia el muerto y escarbó sus bolsillos. Sus dedos tropezaron con una cartulina que sacó, comprobando que se trataba de una libreta de cheques expedida por el Central Bank. Fue pasando las hojas del talonario hasta llegar a la última.

Un suave silbido salió de sus labios al comprobar que el último cheque estaba extendido por una gruesa cantidad y que la tinta era reciente. Iba a comprobar la fecha cuando oyó el motor de un coche que irrumpía en el jardín e iba a detenerse ante la casa.

Eddie Ray se quedó inmóvil unos instantes, pero enseguida reaccionó, y de un salto salvó la distancia que le separaba del conmutador de la luz, que accionó, dejando a oscuras la sala.

—¡Salga inmediatamente! —gritó una voz en la oscuridad, mientras se oían carreras y el golpetazo de una portezuela.

Eddie se deslizó pegado a la pared hasta salir a la terraza. Se lanzó al suelo y gateó a lo largo de un seto. Se levantó después y emprendió veloz carrera a través del jardín en dirección de la verja. Mientras corría pudo oír las exclamaciones de los recién llegados y una estentórea voz que gritaba:

—¡Alto o disparamos!

La luz de unas linternas iluminaron a franjas los macizos hacia el lugar en que sonaban los pasos de Ray. Este siguió corriendo. Por encima de su cabeza silbó una bala, que fue a incrustarse en un árbol. Varios hombres corrían tras él a través del jardín.

Ed alcanzó la verja, pero cuando se había encaramado en lo alto de ella, sintió que los pasos de sus perseguidores habíanse detenido al pie de la verja, y unas manos le sujetaban una pierna, tirando de él hacia abajo.

—¡Ya lo tengo! —gritó una voz.

Ed, agarrado fuertemente a los hierros, descargó una patada con su pierna libre contra el rostro de su aprehensor. Se escuchó un gemido, pero la otra pierna siguió prisionera y entonces fueron varios brazos los que le asieron tirando de él, obligándole a bajar.

Se vio rodeado de un grupo de agentes de policía que dejaron paso al capitán Hal Chesterton. El capitán llegó junto a él y le miró sorprendido.

—¿Usted? ¿Qué demonios hace aquí y por qué huía?

Antes de que Ed pudiera contestar, un agente de paisano llegó desde la casa.

—Venga a ver esto, capitán. Harry Levinson está tendido, fiambre, ahí en la casa. Alguien le metió un balazo en el corazón.

Entraron todos en la casa, llevando entre dos sujeto a Ed. A la vista del cadáver, Hal Chesterton emitió un penetrante silbido.

—Buen trabajo, ¿eh, jefe? —dijo el detective que diera la noticia, mirando al detenido.

Chesterton se volvió hacia Ed.

—Estoy esperando su declaración —dijo.

—Me niego a contestar aquí ninguna pregunta.

El rostro de Chesterton se contrajo, pero se volvió hacia sus hombres y les anunció:

—Estaré en casa del fiscal. Vean si hay huellas dactilares o cualquier otro indicio que revele la identidad del asesino.

Luego guio a Ed hasta el coche patrulla y le invitó a subir.

—Espero que en presencia del señor Harper me explique usted esta aventura suya tan extraña.

Durante el trayecto, Ed contemplaba de soslayo el rostro gordinflón del capitán Chesterton esperando nuevas preguntas que no sabía cómo podría contestar.

Chesterton miraba ante sí en silencio, brillantes sus pequeños y vivaces ojos, y se mordía los labios pensativo.

Ya en casa del fiscal, tuvieron que aguardar a que este se levantara y se vistiera.

Harper entró en el despacho, y al ver a Ed entre el capitán y un policía, una profunda arruga plegó su frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Chesterton le miró sombríamente y explicó:

—Recibimos una denuncia por teléfono de que había un cadáver en casa de Levinson. Acudimos allí y sor prendimos al señor Ray, que al vemos intentó huir… Encontramos en la casa el cadáver de Levinson. Muerto de un disparo en el corazón. Nadie más había allí. Y el señor Ray se niega a dar explicaciones.

—Nada más puedo añadir a lo que ya he dicho —dijo Ed—. Fui a hablar con Levinson y lo encontré muerto. Eso es todo cuanto sé.

—Explíquenos ahora —rogó Chesterton— por qué cuando le dimos el alto, intentó escapar.

El fiscal miraba incrédulamente a Ed.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó.

—Temí que me culparan a mí.

—¿Por qué razón? —preguntó Chesterton rápidamente.

—Es verdad, Ed, ¿por qué tenías que temer semejante cosa? —intervino el fiscal.

En ese instante sonó el timbre del teléfono, y poco después, el mayordomo de los Harper, que se había levantado y andaba por allí en bata y pantuflas, entró en el despacho anunciando que la llamada telefónica era para el capitán.

—Puede atenderla desde este teléfono, señor —dijo el mayordomo—. Está conectado con el del vestíbulo.

Chesterton descolgó el auricular.

—Capitán Chesterton al habla… Sí… ¡Caramba!… Ya entiendo… Está bien.

Hal Chesterton colgó el auricular en la horquilla y se volvió hacia Ed, mirándole con astucia.

—Señor Ray, casi me había convencido usted —exclamó con fina ironía —. Pero lo que no acabo de comprender es el motivo por el cual se entretuvo limpiando las huellas que pudieran haber dejado usted… y el criminal.

—No insista, por favor —gruñó Ed—. Estoy de acuerdo en que resulta algo extraña mí huida, pero lo hice en un acto impulsivo.

—¡Ya! ¿Y fue también un impulso irreflexivo lo que le llevó a limpiar toda clase de huellas?

Ed no contestó, y el capitán, tras una larga y elocuente mirada al joven, expresó su intención de finalizar aquel interrogatorio.

—Esperemos que sea más sincero con usted, señor Harper. Nos veremos mañana en la oficina. Buenas noches.

Cuando hubieron salido Chesterton y su acompañante el fiscal se volvió hacia Ed, mirándole con expresión preocupada.

—Dime la verdad, Ed. Te conozco. Conozco tu carácter violento… Y sé

que me aprecias lo suficiente para querer evitarme el disgusto de ver a mi hija casada con ese maldito Levinson.

—Es usted libre de pensar lo que quiera si no va a creerme a mí —gruñó el muchacho—. Lo que puedo decirle es lo mismo que ya repetí a Chesterton. No maté a Levinson, aunque acaso me hubiera gustado hacerlo.

El fiscal guardó silencio unos instantes. Luego, como asaltado por una súbita idea, salió del despacho.

Ed le siguió. Subieron en silencio las escaleras y cuando atravesaron el pasillo del piso de arriba, el fiscal se detuvo ante el dormitorio de Helen y golpeó suavemente la puerta.

Poco después, la voz de Helen contestó:

—¿Quién?

—No es nada, Helen —contestó el fiscal—. Solo quería asegurarme de que estabas en casa.

Michael Harper miró pensativo a Ed, le dio las buenas noches y se dirigió a su habitación.

Ed entró en su cuarto, desnudándose y apagando inmediatamente la luz, para en el silencio y la oscuridad seguir pensando, muy preocupado, en las derivaciones comprometedoras que podían resultar de la presencia de Helen en el domicilio de Levinson, cuando este estaba siendo asesinado en la habitación contigua.

* * *

Al día siguiente, Ed Ray se levantó con el tiempo justo para ir a la oficina. Salió de la casa, y cruzó la calle entrando en el Ayuntamiento. En las oficinas del fiscal los empleados estaban trabajando activamente, y cuando Eddie entró ninguno levantó la cabeza para saludarle. El joven se extrañó un poco, pues siempre tenía que insistir repetidamente para que se pusieran al trabajo y dejaran sus comentarios sobre los deportes para la hora de la salida.

Encargó a uno de los mozos que le trajera un café y entró en su despacho. Era este sencillo y escasamente amueblado. Tenía una mesa grande, limpia de todo enredo por la señorita Julia, su secretaria. Aquella mañana, Julia escribía a máquina a una velocidad supersónica y encima de la mesa estaba extendido el periódico. Eddie se acercó y echó una mirada de curiosidad. Pero lo que leyó en grandes titulares le paralizó el corazón.

ASESINATO DE HARRY LEVINSON ESTA MAÑANA IBA A CONTRAER MATRIMONIO
CON LA SEÑORITA HELEN HARPER

A continuación, venía un relato detallado del hallazgo del cadáver de

Levinson, con una parte un tanto sentimental en que ponían a Helen como una desconsolada novia.

Eddie miró la firma y una exclamación de rabia salió da sus labios.

—Señorita Julia, hágame el favor de llamar al periódico y localizar a la señorita Shirley Graves.

Al mismo tiempo, se lanzaba a sí mismo toda una sarta de recriminaciones por no haber sabido aconsejar a Shirley discreción. Aunque naturalmente, no pensó que la muchacha pudiera publicar aquello.

Shirley no estaba y habló con el director.

—Escúchame, Dan —dijo Eddie—. En cuanto llegue Shirley dile que se ponga al habla conmigo. Es urgente.

—¿Te ha molestado algo de lo que ella ha publicado? —preguntó hipócritamente el director—. Ya se lo advertí, te lo aseguro. Pero ya conoces a Shirley.

—Y también te conozco a ti —masculló Eddie, colgando el teléfono.

Poco después el señor Harper entró en el despacho. Venía pálido y desencajado y llevaba el periódico en la mano. Miró a la secretaria y esta salió inmediatamente del despacho.

—¿Sabías tú algo de esto, Eddie? —preguntó con frialdad el fiscal.

—Le aseguro que acabo de leerlo —contestó Eddie sin mentir.

—No te he preguntado si habías leído la noticia, sino si la sabías de antemano.

—¡Pues claro que no! —protestó Eddie—. Precisamente, anoche estuvimos hablando de ello y...

—Sí, ya sé. Me dijiste que Elena no sería capaz de llegar a tanto. Pero eso fue antes de que recibieras aquella llamada telefónica. Y luego sales y te vas a ver a Levinson. Además, este artículo está firmado por Shirley Graves, ¿no es esa chica amiga tuya?

—Lo es —afirmó Eddie.

—¿Fue ella la que te llamó anoche?

—¿Cree usted que si ella me da esa noticia yo hubiera dejado que la publicase? —interrumpió Eddie.

Aquello pareció convencer al fiscal, y Eddie se lanzó a sí mismo un sinfín de improperios por no haber obrado tal como estaba diciendo haber hecho.

Volvió a llamar al periódico, y como Shirley no había regresado dejó el encargo de que se reuniera con él a la hora de almorzar en el restaurante “The Sun”.

Shirley Graves ya estaba sentada a una mesa algo apartada, cuando Ed entró en el restaurante, poco después de las doce. Shirley le llamó.

Era una muchacha de ojos luminosos y vivarachos y de facciones finas y delicadas, Toda su persona era un bien proporcionado caudal de energía, y sus movimientos estaban llenos de una gracia felina. Al ver a Eddie echó

hacia atrás su oscura cabellera leonada y le enseñó los clientes en una sonrisa nerviosa, mientras arreglaba el vuelo de su blanco vestido primaveral.

—Bueno, vamos a ver qué te he hecho yo para que te indignes así —le dijo.

Eddie se sentó en una silla frente a ella y la miró seriamente sin pronunciar palabra. El local era pequeño, pero acogedor. En una esquina un pianista arrancaba agradables melodías que amenizaban la comida de los clientes, y un decorado moderno, esmerado servicio y suculentos platos, hablaban de una bien crecida factura.

Eddie aguardó a que un "maître" tomara nota de su pedido, y luego habló con mal contenida indignación:

—¿Puedo saber por qué has publicado lo de Elena?

—¡Bah! ¿Pero era eso? —fingió sorprenderse—. Has de comprender que cuando me entero de una noticia no es solo para comunicársela a los amigos.

—Pero se trataba de Elena —protestó el joven—. Si en realidad me estimas debieras haber evitado cometer semejante indiscreción.

—Bueno, ¿y qué? ¿Quién es Elena? Una muchacha frívola y orgullosa que no ha sabido comportarse nunca como debiera. ¿Por qué tenía que guardarle la ropa si ella misma no ha sido capaz de hacerlo?

—No hables así de ella —dijo Eddie, agresivo.

—¡Oh, claro! No puedo hablar así porque peligraría nuestra amistad. ¿Es eso?

—Nuestra amistad ha peligrado ya desde el momento que publicaste esa noticia —dijo Eddie, con enfado.

—¡Tú estás enamorado de esa chica! —acusó Shirley, arrebolada, llamando la atención de la mesa vecina.

—¡No digas tonterías! —se impacientó Eddie—. No estoy enamorado de ella. Elena es para mí como una hermana.

—No será por lo que ella te quiere —dijo la joven, rencorosa.

—No es su afecto el que más me importa, sino el de su padre. Este es un golpe muy duro para él. Hubiera querido evitárselo. Mejor dicho… era mi obligación evitárselo. Sabes la deuda tan grande que tengo con él…

Shirley Graves enrojeció. Permaneció unos instantes son la cabeza, baja, contemplando los dibujos de la trama del inmaculado mantel. Luego miró valientemente a Eddie Ray.

—Perdóname, Eddie.

Él no le contestó, pero cuando la muchacha alargó su manecita y cogió la de él, correspondió al apretón y la miró triste, pero cariñosamente.

—Té prometo no volver a, publicar nada sobre ella —añadió Shirley—. Y voy a ayudarte cuanto pueda a aclarar esa muerte. Si es que en algo puede beneficiarte.

Shirley Graves, como periodista, solía meterse en todas partes. Su retraso en ir al periódico había sido debido a las averiguaciones que había estado llevando a cabo. Así se enteró de que en las indagaciones que la policía estaba haciendo, había resultado complicada Susy Fowler, amiga del muerto, por haberle amenazado en público la noche anterior en el salón "The House Blue" en presencia de Elena, al enterarse que iba a contraer matrimonio con esta.

Eddie recordó la explicación que Elena le diera sobre la desilusión sufrida y se preguntó si estaría allí la clave. Pidió a Shirley la dirección de Susy Fowler y una vez terminada la comida la acompañó a su casa, regresando a casa del fiscal deseoso de hablar con Helen Harper. Pero cuando se disponía a meter el llavín en la cerradura se abrió la puerta y Howard Green apareció en el umbral.

—Ha llegado usted oportunamente —habló el *gangster* con ironía.

Eddie penetró en el vestíbulo, precediendo a Green.

Michael Harper estaba plantado en medio de la habitación, mirando altivamente a un hombre alto y delgado de ojos cínicos, semejantes a los de Harry Levinson.

Era Paul Levinson. Eddie le reconoció enseguida. Lo mismo que a los tres hombres que le rodeaban. Todos miembros de la banda.

Paul Levinson fumaba un puro que mantenía en la boca mientras hablaba. Se había sentado en un sillón y tenía las largas piernas abiertas y estiradas en impertinente pose.

—Hola, aquí tenemos a su ayudante, fiscal Harper… Me alegro que esté presente. Sé que tuvo una buena escuela y tal vez pueda darle un oportuno consejo —miró a Ed—. Siéntese, joven, tiene mi permiso.

Él joven palideció e intentó abalanzarse contra Levinson. Howard Green se lo impidió sujetándole por detrás.

—Gracias, Howard —dijo Levinson, sonriente—. Parece que Ray prefiere permanecer de pie como el fiscal.

# CAPÍTULO III

—Perdón, no sabía que tuviéramos nada en común que hablar —dijo Michael Harper, mirando con frialdad al *gangster*.

Paul Levinson permaneció serio unos instantes. Luego se echó a reír y se levantó, acercándose al fiscal.

—De acuerdo… de acuerdo. En tal caso, yo hablaré y usted me escuchará… porque le conviene escuchar —dijo con una sonrisa de viejo zorro.

Eddie Ray se desasió violentamente de los brazos que le aprisionaban y saltó hacia Paul Levinson antes de que nadie pudiera impedirlo. Le cogió por las solapas, y ya se disponía a zarandearle cuándo la voz de Michael Harper le inmovilizó.

—¡Quieto, Eddie! No quiero que conviertas mi casa en un campo de batalla.

Ed se volvió hacia él, sujetando todavía al otro.

—No consentiré que nadie le amenace.

—Nadie lo hace, Ed —contestó serenamente el fiscal—. Al menos, yo no me percato de ello, ni pienso hacerlo.

Los ojos de Levinson centellearon. Apartó de un manotazo las manos de Ed Hay que le sujetaban. Dijo, alisándose las solapas:

—Siguiendo en lo nuestro, Harper. Usted no querrá que se sepa que su chica estaba anoche en casa de mi hermano…

—¿Qué esperan obtener ustedes delatando la presencia de mi hija en aquella casa? —preguntó Harper, moviendo nerviosamente sus manos, sobre el respaldo del sillón.

Paul Levinson chupó su puro y expelió el humo hacia el techo, mientras miraba de reojo al fiscal.

—Probablemente, si eso se supiera —dijo lentamente—, se armaría un escándalo fenomenal y ninguno íbamos a ganar nada. Ni nosotros ni la chica… ni por supuesto su prestigio como fiscal y hombre de probada y rígida moralidad. ¿Pero y si echamos tierra al asunto? Acaso tengamos mucho que ganar. Su hija, usted mismo… y nosotros, por supuesto.

Harper apretó los puños y contrajo su rostro en un gesto de indignación.

—Creo que ya empiezo a comprender —dijo.

Ed Ray también comprendió y se juró a sí mismo que aquello no finalizaría así. Este íntimo pensamiento la dio una cierta caima.

Levinson dio otra chupada a su cigarro sin dejar de mirar al fiscal… Durante unos instantes no se oyó en la sala ni el vuelo de una mosca. El *gangster* habló:

—En otras palabras, usted deja de remover ese pequeño asuntillo sobre las apuestas en las carreras de caballos… y nosotros dejamos que la gente siga considerando intachable la conducta de su encantadora hija.

Michael Harper cerró los pupos, levantó el brazo, extendiendo la mano hacia la puerta.

—¡Fuera de mi casa!

Paul Levinson palideció. Sus secuaces le miraron como aguardando una señal. Pero el *gangster* se contentó con morderse los labios.

—No sabe lo que se hace —dijo con acento irritado.

—¡Fuera! —volvió a ordenar Harper—. Si no salen inmediatamente llamaré a la policía y tendrán que hacerlo esposados.

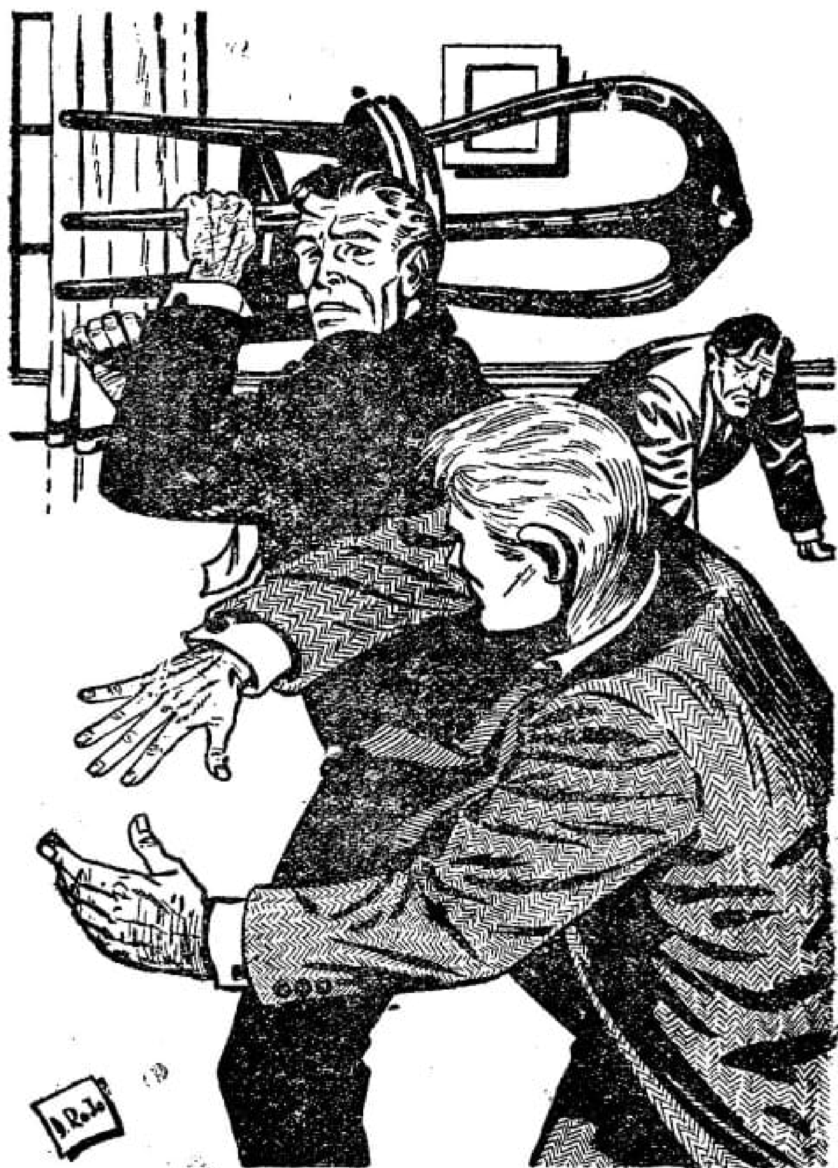
El rostro de Levinson palideció de rabia.

—¡Usted lo ha querido, Harper! —dijo, mordiendo sus palabras—. No solo voy a hacer que el escándalo le cubra de arriba abajo, sino que averiguaré quién mató a mí hermano… Ya le dije antes que no creía que lo hubiese hecho su chica. Sin embargo, pudo haberlo hecho usted mismo…

Se detuvo y se encaró entonces con Eddie Ray que le miraba torvamente desde la puerta.

—… O usted —y volviéndose de nuevo hacia el fiscal, añadió—: Cuando lo sepamos con certeza repetiremos la visita, pero esta vez no será de simple cumplido.

Se volvió y echó a andar hacia la puerta. Cuando llegó junto a Eddie este le miró desafiante, pero Levinson hizo caso omiso de su mirada y abandonó el despacho seguido de sus guardaespaldas.



*Ed pudo esquivar el golpe de la silla.*

Cuando se hubo cerrado la puerta, Elena Harper bajó corriendo las escaleras y se arrojó en brazos de su padre, sollozando.

—Perdóname. Lo he oído todo y sé que yo soy la causante de todos tus problemas. No me importa que se sepa que yo estuve allí. El error fue mío. No sería justo que tú pagases por mí.

—No te debes dejar dominar por la histeria, hija —exclamó fríamente el fiscal, volviéndose hacia Eddie—: En cuanto a ti, ya sé que me has engañado. Lo que siento es que te has comprometido demasiado.

Eddie guardó silencio y fue hacia el conmutador de la luz apretando el botón. La estancia se iluminó. Elena le miraba hacer con la desesperación retratada en el rostro.

—¡Oh, padre, si algo sucede a Eddie solo yo seré la responsable! —murmuró quejumbrosa.

—Es inútil perder el tiempo en lamentaciones tardías —dijo el fiscal—. Más importante es que estés arrepentida…

—¡Oh, sí, lo estoy! No comprendo ahora cómo pude enamorarme de ese hombre.

Michael Harper miró a su hija con severidad.

—¿Quién te abrió los ojos? —preguntó.

Una expresión de amargura asomó a los ojos de Elena Harper.

—Anoche, en el salón “The House Blue”, momentos antes de salir y encontrarme con Ed, tuve que presenciar una escena vergonzosa… —la muchacha hizo un gesto de dolor—. Una mujer amenazó de muerte a Harry Levinson por haberla abandonado… ¡Y dijo cosas tan horribles!

El fiscal se interesó por aquella amenaza de muerte e indicó a Ed que tal vez valiera la pena investigar sobre ello.

—Estaba enterado —contestó Ed—. Ya me encargaré de eso.

⋆ ⋆ ⋆

Al volante de su automóvil, Eddie Ray condujo con pericia atravesando medio Stanville. Ya estaban cerrados los comercios y oficinas, pero todavía no había oscurecido el cielo.

El ayudante del fiscal había expresado a este su deseó de verificar aquella misma noche algunas averiguaciones. Efectivamente, Ed pensaba hacerlo tal y cómo dijera, pero antes tenía el propósito de dejar por finalizado cierto asunto.

Al llegar a una calle céntrica, congestionada de tráfico, detuvo el coche delante de un moderno edificio. Eddie abrió la portezuela y saltó a la acera. Lanzó una ojeada a la fachada de la casa, luego cruzó la cerca, entró en el patio y subió en el ascensor hasta el piso tercero, recorriendo el pasillo hasta detenerse delante del apartamento 3 B.

Howard Green abrió la puerta, contestando a la llamada de Eddie. Se le

quedó mirando con asombro, y el joven aprovechó su desconcierto para empujar la puerta y colarse en el interior. Entonces Green reaccionó:

—¿Qué demonios Viene usted a hacer aquí?

Eddie no contestó, atravesó el vestíbulo y penetró en la habitación inmediata donde Levinson estaba de pie delante de un mueble-bar, sirviéndose un “Martini”. Se quedó sorprendido, mirando a Eddie con el vaso en la mano.

—¡Yo también he de hacerles una advertencia! —dijo Ed, amenazador—. ¡No vuelvan por la casa de Michael Harper!

—Está usted loco —susurró Paul Levinson, mirando por encima del hombro, de Eddie.

El joven se volvió y vio a Howard Green que había entrado en la habitación.

—¿Lo echo a patadas, jefe? —preguntó el *gangster*.

Paul Levinson no pudo contestar, pues antes de que lo hiciera, Eddie había atenazado a Green por el cuello y le zarandeaba violentamente.

—Esta no es la casa del fiscal —dijo, pegándole un puñetazo e incrustándole contraía pared—. ¡Yo no soy Harper, sino Ed Ray!

Paul Levinson se abalanzó sobre Ed, pero este se volvió, haciéndose a un lado, y el *gangster* tropezó con Howard Green, y ambos cayeron al suelo.

Ed saltó sobre ellos, enderezó a Levinson y le dio un puñetazo en pleno rostro. Sonó un chasquido al chocar la cabeza del *gangster* contra la pared.

En ese instante, Ed sintió un ligero roce tras él. Se volvió sorprendiendo a Tom Collins, que acababa de entrar y enarbolaba una estatuilla de bronce. Ed atenazó el brazo de Collins y la estatuilla cayó al suelo rozándole el hombro.

Tom Collins se puso en guardia, e instintivamente cogió a Ed por el cuello. Este levantó sus puños con fuerza golpeando a su contrincante en ambos codos. Sonó un crujido de huesos y con un grito de dolor, Tom Collins soltó la garganta de Ed.

Ed se volvió hacia Green, que se había levantado y volvía a la carga, derribándole al primer golpe.

Levinson había alcanzado una silla y se la lanzó a Ed. El joven la esquivó cuando aún estaba por los aires y se hizo a un lado. La silla se estrelló contra el maltrecho Green. Luego, Ed se abalanzó contra Paul Levinson, cayendo al suelo junto a él. Le propinó una rociada de golpes. Y cuando Tom Collins quiso intervenir, le alcanzó a este con un puñetazo en la mandíbula que le dejó sin sentido, derribado junto a Levinson.

Un poco más allá, Howard Green seguía tendido en el suelo, con los ojos cerrados, uno de los cuales empezaba a amoratarse. Ed les contempló unos instantes.

—Repito mi advertencia de antes —exclamó—. ¡No quiero verles por la

casa de Harper!

Howard Green abrió un ojo y miró a su alrededor. Ed Ray se había marchado. El *gangster* sacudió la cabeza intentando despejarse.

—¿Qué pasó?… Ese hombre es un ciclón.

Levinson se levantó con algún trabajo.

—¿Acaso ignoras que Ray fue un elemento de cuidado? Hubiera llegado a ser alguien si no le hubieran metido en el reformatorio. Pero os aseguro que creí que la adopción del fiscal Harper había ahogado en él la violencia de su antiguo carácter.

—¡Maldito tipo! —rugió Green, que iba recobrando las fuerzas—. ¡Déjeme a mí arreglarle las cuentas!

—Un disparo por la espalda, ¿no, Howard? —murmuró Levinson—. Espera, no seas insensato. Toda la policía del Estado tiene puestos sus ojos en nosotros. Debemos obrar cautelosamente. Nada de cometer tonterías. Ya habrá tiempo para todo.

# CAPÍTULO IV

Cuando Eddie Ray salió del edificio en donde vivía Paul Levinson, subió a su coche y lo guio hasta el domicilio de Susy Fowler. Durante el trayecto, todavía su pecho se alzaba a causa de la reciente pelea. Sin embargo, ahora había quedado más tranquilo. Les había demostrado a Levinson y los suyos que no les temía.

Susy Fowler vivía en una casa de vecindad de modesta y no demasiado respetable apariencia. Su apartamento estaba en el primer piso, y Eddie subió hasta allí sin ser visto por la portera, de aspecto desgreñado, que estaba vuelta de espaldas cuando el joven pasó por delante de la portería.

Llamó al timbré y aguardó, pero como no obtuviera contestación, sacó de su bolsillo una ganzúa y hurgó en la cerradura hasta que esta se abrió con un ligero "clic". Empujó la puerta y entró, cerrando tras sí.

La casa era pequeña; no muy limpia y de aspecto destartalado. Los muebles eran sencillos y gastados; sin embargo, no escaseaban objetos de valor, regalos a buen seguro.

Entró en el dormitorio y vio los cajones de una cómoda abiertos y vacíos. Varias cajas de cartón que habían contenido zapatos, bolsos y sombreros, estaban tiradas por el suelo. También había una caja más grande que, a juzgar por la etiqueta, había contenido un elegante vestido confeccionado en una tienda de gran lujo, adonde Eddie había acompañado en cierta ocasión a Shirley Graves.

No había ningún objeto personal ni carta alguna, y Eddie dio por terminado su registro. Salió de la casa y bajó la escalera, encontrándose con la portera que le contempló curiosa, los brazos en jarras.

—¿A quién busca usted, señor? —le preguntó.

—A la señorita Susy Fowler.

—La señorita Fowler se marchó hace un par de horas.

—¡Imposible! Estaba citado con ella para esta noche.

—Se marchó con dos maletas y me pagó lo que me debía, despidiéndose hasta el mes próximo.

Eddie se quedó pensativo unos instantes.

—¿No le dijo a dónde pensaba ir? —preguntó.

—No dijo nada —contestó la mujer, dando por terminada la entrevista al meterse en la portería.

Eddie salió a la calle y entró en el coche. Durante unos minutos estuvo desorientado sin saber qué hacer. Luego tomó una resolución y tras consultar su reloj se dirigió hacia el salón "The House Blue" en donde la noche antes aguardara a Helen Harper.

Aparcó el coche, saltó a la acera y cruzó la puerta giratoria entrando en el local. Le envolvió el arrullo de una canción francesa que interpretaba una seductora muchacha vestida con traje de noche muy descotado y estrecho. Los músicos de color le acompañaban con sus instrumentos tocando con cadencioso ritmo. Eddie se sentó en una mesa situada en un rincón, adonde le guio un camarero vestido de frac, quien le dio a leer la minuta, escogiendo el joven una comida frugal.

Había a su alrededor varias mesas ocupadas por parejas y grupos de hombres y mujeres. A la izquierda estaba el bar, donde una muchacha rubia, acodada en el mostrador, le miraba insinuante. Eddie correspondió a la mirada, y la muchacha le sonrió. Con un gesto, Eddie la invitó a su mesa.

—Me llamo Peggy —dijo la chica, sentándose junto al joven.

—Me alegro de conocerte, Peggy —dijo el joven—. Yo soy Eddie.

—Me eres simpático, Eddie —dijo la chica, tendiéndole la mano.

Ed tardó en estrechársela unos instantes, y cuando lo hizo, la muchacha sintió en su mano el crujido de un papel. Abrió la mano y vio que tenía en ella un billete de veinte dólares. Levantó la cabeza y miró interrogante a Ed.

—Creo que anoche hubo aquí algo de jaleo a propósito de una disputa entre Harry Levinson y una tal Susy Fowler, a quién por lo visto había dado palabra de casamiento. ¿Conoces a esa chica?

—Claro que la conozco. Es amiga mía —contestó inmediatamente la muchacha, y se guardó el billete en el escote—. ¿Eres detective?

—No, soy abogado, pero un cliente mío a quién Harry Levinson hacía chantaje, trata de demostrar que el tal Levinson era un mal bicho —contestó Eddie—. Susy no está en su casa. ¿Sabes tú dónde ha ido?

—La vi esta mañana en la calle. Iba cargada con tantos paquetes que cualquiera al verla habría pensado que había estado comprando media ciudad. Me dijo que se marchaba esta tarde a Ellistown.

—Me has hecho un gran favor —murmuró Ed.

Sacó otro billete y se lo entregó a Peggy, que se apresuró a guardárselo junto con el otro. Luego pagó la cuenta y cedió su comida a la muchacha. Pero cuando se disponía a salir, al cruzar por delante del bar, alguien le cogió de un brazo y le zarandeó.

—Esta vez me las pagas —rugió una voz junto a su oído.

Ed se volvió, encontrándose con el rostro de Howard Green, el cual llevaba un ojo amoratado. Se soltó de un manotazo y empujó a Green.

Green retrocedió con tal ímpetu que fue a caer aparatosamente sobre una mesa en donde una amartelada pareja estaba mirándose a los ojos. La mesa se volcó, y con ella los platos y vasos. La muchacha chilló, y su acompañante enrojeció de cólera. Green no les hizo caso, se levantó rabioso y miró a su alrededor. Junto a la derribada mesa había un cubo de

hielo, con una botella de champaña refrescándose. Green cogió la botella y se la arrojó a la cabeza de Ed. Este se agachó y la botella se estrelló contra el espejo del bar, haciéndolo pedazos.

Eddie dio un salto, cayendo sobre Green. Allí empezaron a golpearse con saña, retumbando los golpes en la sala.

Un barullo enorme siguió al comienzo de la pelea. Las mujeres gritaban y corrían alejándose. Los hombres rodeaban a los luchadores, y el "maître" azuzaba a los demás a que interviniesen para separarlos. Un camarero corrió hacia el teléfono, llamando a la Policía.

Eddie cayó al suelo bajo un puñetazo bien encajado que le propinó Green, y este cogió otra botella, la golpeó contra el mostrador, rompiéndola por la mitad, y con la parte qué le quedó en la mano atacó a Eddie Ray.

Un grito de horror salió de varias gargantas. Pero Eddie, al ver acercarse a su rostro el arma improvisada, levantó con fuerza una pierna, dando a Green una tremenda patada en la barbilla, que le alzó en vilo y le hizo soltar la botella, que cayó al suelo, haciéndose añicos. Eddie entonces se puso en pie y se abalanzó sobre el *gangster,* cogiéndole por la garganta y golpeándole contra el mostrador.

En este instante sonó la sirena de la policía y poco después los agentes irrumpían en la "The House Blue", separando enseguida a los combatientes.

Uno de los policías se quedó mirando a Eddie con sorpresa.

—¡Caramba, señor Ray! —exclamó—. Parece mentira que usted se comporte así. ¿Se ha propuesto armar escándalo todas las noches en este salón?

Eddie no contestó, contentándose con lanzar miradas coléricas a Green, mientras se colocaba bien la corbata. Sintió como el agente que le había hablado le cogía de un brazo y se dejó llevar. Cuando estuvieron en la calle, el agente le amonestó:

—No vuelva a repetir lo de esta noche o nos veremos obligados a encerrarle por alborotador.

Apenas Eddie le contestó nada, pues nada tenía que decir. Subió al coche; lo puso en marcha y se dirigió a su domicilio. Ya en él, procuró entrar sin ser visto, temeroso de que el fiscal se diera cuenta de lo ocurrido al contemplarle el rostro. Entró en el cuarto de baño y se miró en el espejo. Tenía varias magulladuras en el rostro, un ojo hinchado y una ceja partida. Se puso un esparadrapo para restañar la sangre y unos paños fríos en las escoriaciones...

Cuando salió al pasillo, Helen estaba allí, muy pálida, contemplándole con los ojos muy brillantes.

—¿Qué ha pasado, Ed?

Se lo explicó en pocas palabras y ella, un poco temblorosa, se acercó a

Ed y apoyó su cabeza en el pecho del joven.

—No sabes cuánto te agradezco que hagas todo esto por mí.

Dijo las palabras en un susurro y luego levantó la cabeza y le ofreció sus labios, mirándole con inusitada dulzura.

Ed se sorprendió de aquel gesto. En otros tiempos creyó haberla amado, pero de eso hacía ya mucho, demasiado. Ahora la veía tal como era y al percibir que se sentía inclinada hacia él comprendió lo decepcionado que estaba. La rechazó con suavidad y, sin mirarla, se dirigió hacia su habitación, cerrando la puerta.

* * *

Al día siguiente, tras vestirse y tomar el desayuno, se marchó al Central Bank y solicitó hablar con el cajero. Cuando consiguió que le atendiera, Ed explicó a este que deseaba saber quién había ido a cobrar el cheque que Harry Levinson extendiera antes de morir.

Pudo averiguar que fue Susy Fowler la que había ido a cobrar el último cheque de Levinson. Uno de los empleados la conocía de vista, pues había acompañado a Levinson en otra ocasión.

Eddie Ray estuvo entonces seguro de que Susy Fowler había vuelto a la casa después de reñir en el salón con Levinson. Había estado con él momentos antes de que este muriera y eso era por demás sugestivo.

Abandonó el Banco, después de dar las gracias al cajero por su amabilidad en atenderle y condujo su coche hacia el garaje.

—Lléname el tanque de gasolina, Tim —dijo al encargado del surtidor.

—¿De viaje? —le preguntó este.

—He de ir a resolver un asunto a Ellistown. Eso está en la ruta veintiséis, ¿no es cierto?

En ese momento Ed se apercibió de que el coche de Shirley Graves acababa de aparcar junto al suyo.

La muchacha llevaba un gracioso sombrerito blanco recogiendo sus cabellos y saludó a Eddie con una sonrisa desde el interior del vehículo. Había estado contemplando cómo echaban gasolina al coche de Eddie, porque le guiñó un ojo y exclamó:

—¿De viaje largo?

Eddie hizo un cómico gesto de resignación.

—Seguro que estabas espiándome.

—No seas tonto. Ya sabes que todo cuanto haces me interesa.

Ed sonrió divertido.

—Desde luego, sobre todo si es algo que luego puede darte dinero en forma de un artículo lleno de exageraciones.

Ella hizo un gesto de enfado y simuló maniobrar para marcharse.

Eddie abrió la portezuela e invitó:

—Anda, sube. Si vas a seguirme de todas formas, más vale que gastemos

gasolina solo uno de los dos.

Los ojos de Shirley brillaron como ascuas encendidas.

—¿Por qué no subes tú en el mío? —dijo a su vez—. Si me he de beneficiar en algo, deja que al menos pague yo la gasolina.

Ed accedió enseguida, haciendo retroceder el coche y dejándolo en el garaje. Luego regresó junto al auto de Shirley, lo admiró un momento y subió, tomando asiento mientras murmuraba:

—Buen coche. Yo no puedo permitirme el lujo de tener un vehículo como el tuyo.

Ella maniobró diestramente. Salieron disparados calle arriba.

—Hal Chesterton, el capitán de la policía, tiene un coche como este y, además, está casado —dijo Shirley con extrañeza—. ¿No tenéis aproximadamente el mismo sueldo tú y él?

—Es posible que yo no sepa administrarme tan bien y por eso no puedo tener ni lo uno ni lo otro.

—¡No me digas que no puedes casarte por falta de medios! —protestó la muchacha deteniendo el vehículo en espera de que un semáforo le diera paso.

—Pues así es. Porque depende de con quién desea uno casarse. La esposa de Chesterton será una sencilla mujer sin ambiciones, que se contentará con estar todo el día en la cocina, peleará con los chicos... y no gastará en afeites y trajes más de lo que es imprescindible.

Shirley Graves no hizo comentario alguno hasta que iban ya por la carretera.

—Y tú, ¿con quién deseas casarte? Ya sé que te hago una pregunta indiscreta, pero creo que hay amistad entre nosotros para hacerla.

—¡El eterno femenino! —bromeó Eddie un tanto violento—. Haces preguntas demasiado directas. Pero por primera vez voy a contestarte. He pensado mucho en ti últimamente... pero también en mi sueldo. Espero que me asciendan pronto y entonces hablaremos nuevamente de esto.

—¡Te ascenderán! —afirmó la joven, convencida, mientras una dulzura inusitada se reflejaba en sus ojos.

Eddie la miraba agradecido, sintiendo que su corazón saltaba alegre como aligerado de un peso. Pero no dijo nada más. Había dicho todo cuanto tenía que decir. Ahora sabría ya Shirley que él no iba solo con ella por distraerse, sino que tenía otros planes que llegaban mucho más lejos de Una simple e inocente amistad.

Llegaron a Ellistown entrada la tarde. Fueron directamente a la parada de autobuses y allí preguntaron si habían visto bajar la noche antes a una joven con las señas de Susy Fowler.

Uno de los mozos aseguró haberla llevado a ella y a su equipaje a un hotel situado en la calle principal. Eddie dio las gracias y fueron directamente al hotel.

El conserje les atendió amablemente, tomándoles por una pareja de recién casados en luna de miel.

Cuando preguntaron por la señorita Fowler se les quedó mirando con curiosidad.

—Ya son ustedes los segundos que preguntan por ella esta mañana.

A regañadientes, les dio el conserje el número de la habitación. Mientras subían; Shirley dijo extrañada:

—¿Quién habrá venido a visitarla? Si fuera la Policía, el hombre nos lo habría dicho…

Eddie no contestó, pero un gesto de preocupación frunció su frente. Cuando llegaron delante de la puerta se oía música de *jazz* en el interior. Eddie golpeó en la puerta.

—Tiene la radio a toda marcha y no nos oirá —insinuó Shirley.

Eddie hizo girar el picaporte y la puerta se abrió.

Lo primero que vieron fue una mancha de sangre en el suelo, delante de ellos. Penetraron rápidos en la habitación, en donde reinaba un desorden total. Vieron a Susy Fowler tendida en la cama, entre un revoltijo de ropas. No estaba muerta, pero tenía los ojos cerrados y el rostro surcado de heridas que sangraban abundantemente. Al entrar Eddie y Shirley, la mujer les miró a través de sus entrecerrados párpados y un gemido casi inaudible se escapó de entre los labios sangrantes.

Eddie desconectó una radio de transistores que descansaba sobre una mesita. Luego se acercó a la joven y se inclinó hacia ella.

—¿Qué le ha sucedido?

—Me han pegado una paliza —susurró casi inaudiblemente.

—Es usted Susy Fowler, ¿verdad? —inquirió Eddie aun cuando sabía ya la respuesta. Y cuando ella afirmó, volvió a preguntar—: ¿Quién le pegó?

—¿Quién… quién es usted? —preguntó a su vez Susy Fowler trabajosamente.

—Soy el ayudante del fiscal de Stanville.

La joven exhaló un suspiro y permitió que Shirley mojara su rostro con un pañuelo empapado en agua. Luego miró fijamente a Eddie y señaló trabajosamente hacia el teléfono que descansaba cerca de ella, sobre la mesilla de noche.

—Ni siquiera he podido telefonear… para que vinieran a socorrerme. Esos canallas… arrancaron el hilo. Luego me pegaron… —se vio obligada a recostarse. Casi sin aliento y entre dientes, añadió—: Querían que declarara haber matado a Harry Levinson.

Ed se volvió hacia Shirley.

—¿Quieres ir abajo a telefonear para que traigan inmediatamente una ambulancia?

La muchacha salió enseguida y cuando Ed y Susy Fowler se quedaron solos, el joven se inclinó hacia ella y le preguntó:

—¿Quiénes fueron?

—Paul Levinson, Howard Green y Willie Hunt y un tal Collis… —se incorporó en la cama y miró a Ed—. ¡Malditos cobardes! Me han golpeado sin piedad… y yo ni siquiera sabía que había muerto.

Respiraba con dificultad y el sudor le caía por la frente mezclándose con la sangre que le manaba de un corte en la ceja. Ed se dio cuenta de que la ventana estaba cerrada y se acercó a abrirla. Daba al patio posterior y adosada a ella estaba la escalerilla de incendios. Una ráfaga de aire fresco cruzó la habitación.

Eddie volvió junto a la joven.

—Usted estuvo anoche en casa de Harry Levinson.

Ella hizo un gesto de desaliento, afirmando:

—Estuve. Pero solo a recoger algo que me pertenecía… —se detuvo, respirando con dificultad.

—El cheque, ¿verdad?

Ella abrió los ojos un poco más. Había en ellos una clara expresión de odio…

—Sí. ¿Y qué? No le resultó demasiado caro quitarme de en medio — gritó casi.

—Calma, no se altere. Lo que debe hacer es descansar. Yo iré abajo a ver si viene esa ambulancia y a llamar a la policía.

Cuando ya estaba con la mano en el tirador de la puerca, a punto de salir, ella le llamó:

—¡Espere! Le dije que haría cuanto pudiera por hacerles pagar a esos criminales lo que han hecho conmigo. ¡Y voy a hacerlo! Deseo hacer una, confesión ante testigos de “cosas que sé”. ¡Quiero que ahorquen a esa pandilla de ladrones y asesinos!

Ed salió disparado de la habitación. Cuando bajó al vestíbulo, encontró al conserje que hablaba gesticulando a un corro de personas.

—Está grave, moribunda —decía. Al ver a Ed se calló y le miró.

—¿Dónde está la señorita que bajó a telefonear?

—En el hospital estaban comunicando y la señorita, al saber que este se encuentra en la esquina, decidió ir personalmente en busca de la ambulancia… ¿Está muy grave, señor?

—No creo que sea nada importante. Pero va a hacer una confesión y necesito dos, testigos.

El conserje miró a su alrededor, buscando entre las personas que le rodeaban…

—Señor Muller y señor Bardem, ¿quieren acompañar a este señor arriba?

Un hombre joven y otro de edad mediana siguieron a Ed hasta la habitación ocupada por Susy Fowler. Cuando entraron en ella, la joven tenía los ojos cerrados.

—Se ha desvanecido —exclamó Ed.

Corrió al lavabo a humedecer un pañuelo, que colocó sobre la frente de Susy Fowler. Otro de los hombres, el más joven, le hacía aire con un periódico.

Se oyó la sirena de la ambulancia. Poco después, entraron en la habitación dos hombres con una camilla y otro que se presentó como el médico. Este se acercó a la herida y estuvo unos instantes inclinado sobre ella. Luego se volvió hacia Ed Ray.

—Está muerta —exclamó.

Ed le miró con estupor, luego movió la cabeza insistente.

—¡No es posible! La dejé hace solo unos cinco minutos y estaba perfectamente.

—Pues ahora está muerta —insistió el médico.

Shirley Graves apareció en la puerta y oyó las palabras del médico. Dio media vuelta y echó a correr escaleras abajo. Ed la siguió como sonámbulo.

—No lo comprendo… no parecía tan grave… —murmuró, mientras bajaba la escalera.

Abajo, la voz agitada de Shirley Graves insistía a los que le escuchaban al otro lado del teléfono.

—Sí, está muerta… La han matado de una paliza.

# CAPÍTULO V

Llegaron a Stanville mediada la tarde. Shirley Graves llevó en su coche a Ed hasta la puerta del garaje. Ambos estaban impresionados por el reciente suceso. Se había comprobado una vez más que Levinson no ponía límite a sus desmanes. Sin embargo, en aquella ocasión había dejado un rastro tan claro que Ed tenía la seguridad de que por fin podrían acusarles con pruebas tangibles.

—Voy a escribir un reportaje que va a levantar a la ciudad entera contra esos asesinos —afirmó Shirley, tendiéndole la mano a Ed.

El joven se la estrechó y la miró a los ojos.

—De esta ascendemos, Shirley —exclamó con una sonrisa de optimismo, despidiéndose de ella.

Entró en el garaje a recoger su coche. Luego regresó a casa del fiscal Harper y encontró a este bastante preocupado. Ed le puso al corriente de lo sucedido y Harper se interesó vivamente.

—Es preciso que obtengamos para ellos la pena de muerte —dijo el fiscal con decisión.

Estuvieron discutiendo sobre ello hasta muy tarde y cuando se acostaron, Ed se quedó dormido inmediatamente.

A la mañana siguiente, le despertaron unos golpes en la puerta.

—Señor Ray, levántese. El capitán Chesterton le aguarda abajo.

Ed se despabiló inmediatamente. Consultó su reloj y comprobó que eran las ocho menos cuarto de la mañana. Sorprendido de tan temprana visita, se vistió rápidamente y bajo. Su sorpresa fue aún mayor cuando se encontró con que el fiscal ya estaba hablando con Chesterton.

Al entrar Ed y saludar, los dos hombres se le quedaron mirando sombríamente. Chesterton tenía un periódico en la mano que tendió a Ed en silencio.

Venía en grandes titulares la muerte de Susy Fowler y un reportaje escrito con encarnizada saña, acusando a Levinson y sus secuaces como responsables de aquella muerte.

⋆ ⋆ ⋆

*“Yo he visto cómo aquella pobre mujer yacía destrozada por los golpes, pateada sin piedad…”* —escribía Shirley Graves, mejorando cuanto trabajo hiciera hasta la fecha.

—Buen artículo —murmuró Ed cuando lo hubo leído.

Chesterton le miraba con ironía, El fiscal fue el que habló:

—Ed, acaba de decirme Chesterton que anoche recibieron un

comunicado de la policía de Ellistown. El forense ha descubierto que Susy Fowler no murió a consecuencia de la paliza, sino por la acción de un veneno.

Un silencio completo se extendió por la habitación. Ed tragó saliva y parpadeó. Miró a Chesterton como si necesitara que este confirmara la sorprendente declaración de Harper. El mismo silencio del policía, o más bien su mirada llena de sarcasmo, le convenció de la autenticidad de la noticia.

—¡Envenenada! —exclamó con estupor—. Es imposible…

—Solo usted estaba allí… según me han dicho —interrumpió Chesterton —. ¿No cree posible que se suicidara?

—No, eso es absurdo. Ella me había obligado a salir en busca de testigos para hacer una confesión. Aun herida, era una chica llena de la voluntad de vivir. "Quiero que ahorquen a esa pandilla de ladrones y asesinos", me dijo. Una mujer que está dispuesta a vengarse de sus verdugos, no decide de pronto quitarse la vida suicidándose. Por otra parte, ha debido ser un veneno fulminante… El criminal tuvo que entrar en la habitación del hotel inmediatamente después que yo la abandoné… si es que desechamos la posibilidad del suicidio.

—Se le administró una cápsula de cianuro —explicó Chesterton.

—Es extraordinario —dijo Ed—. El criminal debió estar escuchando nuestra conversación.

—No va a resultarnos nada difícil ahora encontrar al culpable de los dos asesinatos. Es evidente que los cometió alguno de la banda —dijo Harper —. Bastará don comprobar sus coartadas.

—¿No le dijo nada la señorita Fowler? —preguntó Chesterton.

—Nada —contestó Ed—. Declaró saber cosas, pero quería hablar ante testigos. Por eso salí del cuarto. Me disponía a buscarlos.

—Pues fue una lástima que la dejaran sola. Pero ya no tiene remedio —dijo el capitán pasándose una mano por los ojos—. Estoy cansado. Estuve toda la noche andando de un lado para otro. Pienso meterme en la cama y dormir veinticuatro horas seguidas. Espero, señor Harper, que me disculpe por haberles hecho madrugar.

Harper y Ray salieron a despedir al capitán cuando el agente regresó del teléfono.

—Hablé con la doncella, capitán. Su esposa no está, fue al instituto de belleza —explicó a Chesterton—. Me ha rogado que le recuerde que hoy tienen invitados a comer.

—¡Ah, sí! Había olvidado por completo que esperábamos a los Herman. Está bien. Iré entonces a casia a dormir ahora un poco —se volvió hacia Ed Ray y le amenazó con un dedo—. Espero que si decide hacer alguna investigación contará con nosotros. No me gustaría que se metiera en algún lío.

—No se preocupe, capitán —aseguró Ed.

Pero en cuanto los policías se marcharon, el joven se dispuso a salir.

—¿Dónde vas tan temprano? —inquirió Harper.

—Voy a hacer algunas averiguaciones.

—¿No oíste a Chesterton? —se sorprendió Harper.

—Claro que sí. Ahora se va a dormir. Luego espera a comer a los Herman. Son gente muy importante los Herman, y Chesterton querrá quedar bien con ellos.

Es un buen momento para que me dedique a lo mío —aseguró Ed—. Tengo mucho que hacer en Ellistown.

El fiscal le vio marchar mientras movía descontento la cabeza.

* * *

Paul Levinson, acompañado de Howard Green, de Willis Hunt y de Ralph Morley, abandonó su flamante “Mercury” y atravesó la acera, desapareciendo por la entreabierta puerta del “The House Blue”. El aspecto del salón en aquella hora de la mañana era completamente distinto del de la noche. Las sillas estaban boca abajo, colocadas sobre las mesas. Varias mujeres fregaban los pisos.

Levinson saludó a un camarero que arreglaba las botellas del bar y pasó de largo hasta llegar a una puerta situada al fondo del salón. Empujó esta y se coló en un despacho lujosamente amueblado. Herbert Page, que hacía las veces de dueño del salón, estaba sentado en su sillón leyendo el periódico.

Levinson se acercó hasta él y le quitó de un manotazo el periódico, estrujándolo con rabia y arrojándolo al suelo.

—¡Contemplando esa sarta de embustes no lograremos solucionar este asunto! —rugió.

Herbert Page le miró atemorizado.

—Acabo de enterarme… —dijo, levantándose.

Levinson se apropió de su silla y se aposentó él, mirando ceñudamente a los hombres que le rodeaban.

—¿Quién conoce algún individuo en Ellistown a quién podíamos encargar un trabajito?

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Morley.

—ES Ray acaba de marcharse para allá —contestó Levinson—. No quiero que regrese.

—Yo puedo ir, jefe —ofreció Howard Creen.

—¡Silencio, majaderos! Si hubiera pensado en ti, te habría ordenado ir. Pero no quiero que mi nombre aparezca en torno… a la muerte de Ray. No quiero que entre su liquidador y nosotros y yo haya más puntos de contacto que un buen fajo de billetes.

—Conozco un individuo… —dijo Hunt.

—Llámale —ordenó Levinson. Luego se quedó mirando el periódico con los ojos llenos de rabia y añadió—: En cuanto a esa chica... ¡Traédmela!

* * *

Ed Ray llegó temprano a Ellistown. Empezaban a abrir las tiendas y las amas de casa iban de una a otra efectuando sus compras. Ed aparcó su “Hudson” en una calle cercana al hotel y saltó a tierra. Luego fue paseando hasta llegar a la calle situada a espaldas del hotel en donde Susy Fowler había encontrado la muerte.

Llevaba en el bolsillo una fotografía y en su cabeza la más extraordinaria idea que hubiera sido capaz de imaginar. Y todo había empezado con algo que le dijo Shirley Graves. Entonces no le dio importancia... o quizá sí se la diera en su subconsciente. Como resultado se hallaba en Ellistown para comprobar aquello que le obsesionaba hasta un extremo insospechado.

Se detuvo a espaldas del hotel. Había una especie de jardincillo que llevaba con toda comodidad hasta la escalera de incendios. ¡Todo había resultado tan fácil al asesino! ¿Quién iba a fijarse en un individuo que se internara entre los árboles?

Entró en una panadería y mostró la fotografía que sacó de su bolsillo.

—¿Le conocen? —preguntó—. Pudo haber pasado por aquí ayer por la mañana.

La contestación fue negativa. Era una mujer gruesa de rostro simpático, más reacia a mirar lo que pasaba en la calle que a atender a sus clientes y escuchar sus chismes.

Entró, después en una lechería. Tampoco supieron dar razón y Ed empezó a preocuparse.

¿Se habría equivocado?

Permaneció unos instantes en la acera, indeciso, cuando sintió que unos ojos le miraban. Se volvió y vio que desde una barbería un hombre le observaba. Estaba de pie en el umbral de la puerta y por la bata blanca que llevaba, Ed comprendió que se trataba del barbero.

—Buenos días —saludó, acercándose—. Usted debe ver muchas cosas desde ahí.

El barbero se encogió de hombros.

Ed le enseñó la foto, junto a un billete, y el hombre cogió ambos, devolvió la foto y se quedó con el billete.

—Estuvo ayer aquí —dijo.

El corazón del joven saltó en su pecho.

—¿Está seguro?

El barbero estaba muy seguro. Le había visto detenerse en un coche unos metros más allá de su establecimiento, y a la misma hora aproximadamente en que se cometió el crimen.

Ed regresó a su coche. Estaba tan impresionado por su descubrimiento que no sabía qué partido tomar. De dejarse llevar por su primer impulso habría corrido a un teléfono y habría telefoneado a la policía para decirles que sabía ya quién mató a Levinson y Susy Fowler. Luego comprendió que aquello era una insensatez. No le habrían creído.

Y sin embargo, todo había resultado de acuerdo con aquella idea suya tan descabellada en apariencia. No había sido alucinación de su mente.

Cuando puso el coche en marcha, batallaban en su interior sentimientos contradictorios. Una tristeza intensa al comprobar una vez más la corrupción contagiosa que se había desencadenado en la ciudad. Y también una profunda satisfacción al poder decir al fiscal Harper: “Se acabaron sus preocupaciones. He descubierto al asesino”.

Abandonó Ellistown y se internó por la carretera hacia Stanville. Pensaba que tendría que guardar para sí su descubrimiento y que no podía hacer nada hasta no tener todos los hilos de la trama, cuando se dio cuenta de que un coche le seguía.

Aceleró y pudo comprobar por el espejo que su seguidor aceleraba también.

Él sabía que unos cinco kilómetros más adelante había un lugar estratégico para liquidar a un hombre que fuera en coche. Había que ir despacio, el terreno era muy peligroso y un accidente no resultaría sospechoso.

Fue aminorando la marcha y observó con sorpresa que el coche de atrás iba ganando terreno. Cuando ya casi le había alcanzado, un sexto sentido avisó a Ed. Se tiró a un lado del asiento, mientras una rociada de balas tamborileaban sobre el metal y cruzaban por dónde unos segundos antes estaba la cabeza de Ed.

Al mismo tiempo, el “Hudson” se desvió y fue a precipitarse a una cuneta, quedando allí atascado. Su rueda delantera había sido alcanzada por las balas, reventando los neumáticos.

El coche de sus atacantes se detuvo unos metros más allá con un estridente chirrido de frenos. Se abrieron las portezuelas y varios hombres saltaron a tierra.

Ed estaba un poco trastornado por el encontronazo pero la vista de aquellos hombres que echaban a correr hacia allí pareció ejercer un efecto estimulante y salió del coche echando a correr carretera adelante. Los hombres lo siguieron y Ed sintió zumbar las balas a su alrededor.

—No se andan con bromas —se dijo Ed, apretando la marcha.

La carretera desaparecía en una revuelta. Cuando Ed llegó al recodo saltó a un lado y trepó ágilmente por un parapeto de piedras, llegando a una especie de bancal. Miró hacia abajo y vio a sus perseguidores que empezaban a trepar a su vez. Empezó a correr de nuevo, sintiendo que el sudor perlaba su frente y que las piernas se le hacían cada vez más

pesadas. Atravesó el bancal y descubrió una granja.

Era una casa estilo, colonial rodeada de un corral en donde un millar de aves piaban y se picoteaban entre sí. Delante de la casa había un pozo, y una mujer con un pañuelo en la cabeza estaba sacando agua.

Sin dejar de correr, Ed vio cómo la mujer se quedaba contemplándolo sorprendida. Pero cuando detrás de él surgieron las cabezas de los otros hombres y sonó el estampido de un disparo, la mujer dejó caer el pozal al suelo y echó a correr hacia la casa, entrando en ella y cerrando tras sí.

Ed llegó a la puerta y la aporreó ansiosamente. Una bala silbó por encima de su cabeza y se incrustó en la madera. Miró hacia atrás y vio a sus perseguidores que se metían en el corral.

—¡Ábrame, por favor! —gritó Ed.

Se abrió unos centímetros la puerta y Ed se precipitó sobre ella, empujándola y metiéndose dentro de la casa. Se apoyó en la puerta y miró a la mujer.

—¿Tiene algún arma de fuego? —le preguntó.

Ella le miró unos instantes indecisa, pero reaccionó y echó a correr hacia la cocina para volver a los pocos minutos con un rifle que entregó a Ed.

—Está cargado —dijo temblorosa.

El joven lo cogió y se situó en una ventana, mirando por una rendija. Les descubrió detrás del pozo. El sol alargaba sus sombras haciéndolas visibles.

Ed permaneció unos segundos a la expectativa. Pero desde fuera no llegó ningún sonido. Sintió la respiración entrecortada de la mujer cerca de él y se volvió a mirarla.

—Algo están tramando —dijo Ed—. ¿Hay alguna salida por detrás?

La mujer le cogió del brazo.

—Sígame —dijo.

Salieron a una especie de pajar por una puerta disimulada que había al fondo. En el pajar había una puerta atrancada con un cerrojo. La mujer descorrió este y empujó la puerta, dejando paso a Ed.

Cuando el joven se vio en el campo, sintió que la puerta se cerraba a sus espaldas. Miró a su alrededor para convencerse de que ninguno de sus perseguidores andaba por allí. Se pegó a la pared y fue rodeando la casa lentamente, hasta llegar casi a la fachada principal.

Entonces oyó ruido de cristales rotos. Ed se apartó de un salto de la casa, cruzando al corral. Se arrojó al suelo, mientras miraba hacia el lugar donde oyera romperse los cristales. Un hombre había llegado hasta una ventana de la casa y estaba intentando entrar por ella.

Ed apretó el gatillo y el hombre cayó al suelo como un saco. La bala le había entrado por la espalda, a la altura del corazón, y Ed sintió un estremecimiento. Había matado a un hombre.

Pero había sido descubierto al separarse de la casa y una rociada de balas que llegaban del pozo le obligaron a apartar de su mente tan macabros pensamientos.

Las balas silbaban a su alrededor, envolviéndole como una nube de fuego. Surcaban el aire hasta clavarse en la tierra, junto a sus pies, en los tablones de la cerca del corral. Las aves piaban asustadas, revoloteando y alejándose de allí.

Ed Ray sintió renacer en él sus antiguos impulsos. Se irguió de repente y disparó contra los hombres que se escudaban tras el pozo. Durante unos segundos se cruzaron los disparos.

Un hombre atravesó del pozo a la casa y Ed le alcanzó de un balazo. El hombre cayó de espaldas, quedando tendido en el suelo con los brazos en cruz. La mujer gritó desde el interior de la casa.

Los dos hombres que quedaban detrás del pozo, echaron a correr de pronto, iniciando la retirada. Ed pudo seguir disparando y matar a otro más. Prefirió evitarlo.

La mujer tardó en salir y cuando lo hizo se quedó en la puerta, sin atreverse a cruzar el umbral. Estaba pálida y miró horrorizada hacia los cadáveres que yacían espatarrados, uno al pie de la ventana, el otro delante del pozo. Se llevó una mano a la boca, ahogando un segundo grito.

—¿Desde dónde podría telefonear? —le preguntó Ed.

Ella le miró entonces como a través de una neblina.

—Puede hacerlo desde aquí —contestó débilmente.

Ed se sacudió el polvo, se limpió el sudor de las manos y entró en la casa.

# CAPÍTULO VI

El juez Harper esperaba el regreso de Ed con intranquilidad.

—El capitán Chesterton estuvo a visitarnos hace apenas una hora, para contarnos tu odisea en el camino de regreso de Ellistown. La policía de allá parece que le telefoneó dándole cuenta de lo ocurrido. ¿Es cierto que mataste a tus dos atacantes, Ed?

—Sí, en defensa propia.

—¿Crees que fue cosa de Levinson contratar aquellos pistoleros para que te liquidasen por el camino?

—Estoy seguro, aunque desde luego, no puedo probarlo. Los muertos no hablan, y al menos en apariencia, no existe relación alguna entre los elementos que me atacaron y la banda de Levinson. De todos modos haremos las averiguaciones oportunas, aunque sin muchas esperanzas.

—En tal caso, será mejor que hagas esas pesquisas desde aquí mismo, Ed. No me gustaría verte metido en otro lío como la muerte de esos *gangsters,* fuera de mi jurisdicción.

Ed subió a su cuarto a arreglarse y cuando estuvo listo telefoneó al periódico para hablar con Shirley. Era justo que le contara lo sucedido. Shirley no merecía que él le ocultara la noticia.

—No ha venido hoy —le dijo Don lentamente.

Ed comprendió enseguida que el director del periódico estaba preocupado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ed.

—No sé qué decirte, Ray. Shirley no ha dejado nunca de venir al periódico sin una justificación. Viene incluso cuando está enferma. Pero ha pasado medio día y no se sabe nada de ella. He telefoneado repetidamente a su casa y nada.

Ed colgó el teléfono. Ensimismado, contempló la mesa del despacho, sin verla. Una profunda arruga plegaba su frente y había en sus ojos una preocupación creciente.

En su subconsciente, había estado temiendo todo el día que sucediera "aquello". Quizá, desde que intentaron matarle. Y al recordar el artículo que Shirley escribiera aquella mañana, un escalofrío de miedo recorrió su espalda. Nunca había sentido miedo, al menos nunca como ahora. Temía por lo que hubiera podido sucederle a Shirley y comprendió por vez primera lo mucho que la muchacha significaba para él.

Salió inmediatamente hacia la casa de la joven. Subió los dos pisos como una exhalación, sin hacer caso de las llamadas de la portera. Empezó a aporrear la puerta, antes de darse cuenta de que esta estaba solo

entornada.

Abrió y entró en la casa. Era pequeña, cómoda y cuidada. Muy bonita y con numerosos detalles femeninos que retrataban el carácter de Shirley. Claro que no ahora, porque había huellas recientes de que no habían ido bien las cosas.

Por ejemplo: Ed sabía que Shirley nunca hubiera dejado la ropa de la cama revuelta ni su bonito jarrón chino hecho pedazos en el suelo… Al menos habría recogido los pedazos, en el supuesto de que no hubiera tratado de arreglarlo.

Luego vio unas manchas de sangre en una silla… otras más en el suelo y en la puerta…

Ed Ray no habría podido explicar lo que sintió en aquellos momentos. Y cuando marcó en el teléfono el número de la policía, tuvo que hacer un esfuerzo para contestar a la voz que le llegó desde el otro extremo del hilo. Luego se sentó en una silla y aguardó, mientras en su mente batallaban entre sí pensamientos contradictorios y a cual más pesimista.

Cuando llegó Hal Chesterton se hizo cargo inmediatamente del estado de ánimo de Ed.

—¡No se apure demasiado, Ray! —le dijo, golpeándole amistosamente en la espalda—. Tenga la seguridad de que encontraremos a la muchacha.

—La encontraremos… —murmuró el joven con amargura—. ¿Pero en qué estado?

—No piense en eso, hombre. Vámonos abajo y hablaremos con la portera mientras los muchachos sacan fotos de las huellas que puedan haber.

La portera era una mujer de estatura pequeña y de ojos vivarachos.

—Le llamé a usted cuando le vi subir, pero no me hizo caso —dijo a Ray—. Intentaba decirle que la señorita Graves no estaba en casa.

—¿Dónde está? —preguntó Ed impulsivamente—. ¿Cuándo la vio usted?

—No lo sé, señor Ray… no estoy segura…

—¡Hable pronto! —insistió el joven, perdiendo la paciencia.

—No me ponga nerviosa —protestó la mujer, empegando a enfadarse.

—Déjeme a mí, Ray —intervino Chesterton—. ¿Cómo sabe que no estaba arriba la señorita Graves?

—Yo la vi salir esta mañana. Iba entre dos hombres que habían venido a buscarla poco antes.

—¿he vio la cara? —preguntó Chesterton.

—No, pero estoy segura de que era ella, aunque la vi de espaldas. Luego subieron los tres a un coche negro.

—¿Qué marca? —preguntó Chesterton.

—No me fijé.

Ed lanzó una exclamación de contrariedad.

—¿Se fijó en los hombres que le acompañaban? —preguntó alterado.

—No sé... les vi de espaldas y... ¡pero pude darme cuenta de que la señorita cojeaba!

Una expresión de angustia se extendió por el rostro de Ray. Hicieron todavía algunas preguntas más a la portera, pero no pudieron sacar ya nada en limpio.

Cuando salieron a la calle, Hal Chesterton tendió la mano a Ed.

—Váyase a su casa. Es lo mejor que puede hacer.

Ed no le contestó, miraba a un punto lejano, inexistente.

—Hágame caso, muchacho —insistió el capitán—. Yo le prometo que haremos todo lo posible por encontrarla.

El joven le tendió la mano, musitó un débil “gracias, lo sé” y se alejó de Chesterton, perdiéndose calle arriba.

⋆ ⋆ ⋆

Al anochecer llamó por teléfono a Chesterton. Seguían sin noticias. Y dieron las once de la noche sin que Shirley Graves hubiera aparecido.

Ed deambulaba por las calles con los nervios en tensión. Había estado en casa de Levinson, pero no había encontrado a nadie.

¿Dónde estarla aquella jauría de “perros”?

Estaba seguro que, de encontrarlos, habría ganado un paso para encontrar a Shirley. Si es que la joven todavía vivía.

Llegó hasta el salón “The House Blue” y entró. Había una gran animación y Ed, al contemplar tantos rostros sonrientes y despreocupados, sintió una muda irritación. Todos se divertían indiferentes ante la muerte de Shirley... Pero él no. Cada vez sentíase más alarmado, más hundido en la desesperación.

Se sentó ante el mostrador y pidió un *whisky*. Mientras aguardaba, miró a su alrededor, tratando de reconocer entre toda aquella gente un rostro amigo.

—¿Dónde podría encontrar a Levinson? —preguntó al *barman.*

—No lo sé, señor. Hoy no le vi por aquí.

Ed comprendió que el hombre mentía, pero también sabía que no podía obligarle a hablar si no quería hacerlo. Cogió el vaso y lo apuró de un trago, dejándolo sobre el mostrador. Pagó y se despidió.

Cuando salió a la calle, entró en una cabina telefónica y llamó a la policía. Nada. Seguían igual.

Echó a andar calle arriba sin ver a los transeúntes. Había dejado el coche ni siquiera sabía dónde. Empezaba a pensar que estaba un poco bebido, pero se dijo que necesitaba estarlo un poco más.

De pronto, al atravesar una acera concurrida de gente, sintió que le metían un papel en la mano. Cuando quiso reaccionar, miró a su alrededor, pero todos aparecían indiferentes y no vio ningún rostro

conocido.

Se acercó a un iluminado escaparate, y leyó:

“Le espero en el café “El Barco”. He de hablar urgentemente, con usted.

—*Morley”*.

¿Morley? ¿Quién era Morley?

Lo recordó inmediatamente, de la misma forma que recordó el rostro de Shirley al hablarle de él: “Morley tiene un corazón que late por Shirley Graves”. Y ahora, ¿qué podía querer Morley de él?

Pareció que de repente su cabeza se despejaba, apretó el paso y localizó su coche, subió en él y puso el motor en marcha, dirigiéndose rápido hacia el café mencionado en la nota.

Detuvo el coche en una calleja sucia y maloliente Unos niños jugaban por encima de unos barriles, pero se detuvieron al ver a Ed.

—Si cuidáis mi coche, os daré después una propina —les gritó Ed, pensando así evitar que cambiaran los barriles por el coche.

Dobló la esquina y una brisa fresca con sabor a agua salada le dio en la cara. A su derecha, encima de una puerta de sucios cristales, un cartel borroso por el tiempo y la lluvia, decía: “EL BARCO”.

Ed entró. Un largo mostrador estaba ocupado por marineros y gente de los barrios bajos. Gritaban, maldecían y lanzaban risotadas simultáneamente. Algunos se volvieron a mirar a Ed y el joven se detuvo indeciso en la puerta.

Un camarero con el mandil más negro que blanco estaba limpiando una mesa. Al ver a Ed se le acercó.

—¿Es usted el señor Ray? —le preguntó.

Cuando el joven hubo contestado afirmativamente, le guio por entre el público al fondo del tugurio. Abrió una puertecilla en la pared y dejó sitio a Ed para que pasara. Luego cerró a su espalda.

—Buenas noches, señor Ray —dijo una voz desde el otro lado, de una desvencijada mesa.

Allí estaba Howard Morley, el del hermoso “corazoncito”, aunque de su rostro no pudiera decirse otro tanto.

Ed atravesó lo que podría llamarle un pequeño despacho y se sentó frente a Morley, al otro lado de la mesa.

—¿Usted es Morley? ¿A qué viene tanto misterio? ¿Para qué me ha llamado aquí?

—Sobre todo discreción —contestó Morley—. Nadie me ha visto entrar aquí. Lo hice por la parte de atrás. Louis es de toda mi confianza y antes se dejará matar que confesar que yo le aguardaba a usted aquí.

—¡Vaya al grano! —dijo Ed con impaciencia.

—He de asegurarme antes de que no dirá que yo... si se enteraran, me

matarían. Pero usted debe salvarla —se inclinó hacia adelante, mirando desesperadamente a Ed y repitió—: ¡Es preciso que la salve!

—¿Habla de Shirley? —afirmó Ed más que preguntar, con la respiración entrecortada.

—Sí, hablo de ella. Paul Levinson la ha secuestrado y solo Dios sabe lo que puede ocurrirle a la muchacha.

En cualquier otra circunstancia, hubiérale resultado a Ed pintoresco oír hablar de Dios a semejante individuo. Pero entonces solo pensó en que Shirley corría un peligro tanto o mayor como había estado temiendo durante todo aquel largo día.

—¿Qué podemos hacer? —dijo ansiosamente.

—Yo… nada. Es a usted a quién toca hacer. Yo me limitaré a indicarle el lugar donde la tienen secuestrada. Solo en el caso de que le mataran a usted, me arriesgaría a todo y lo intentaría yo. Pero si usted puede hacerlo solo, mucho mejor.

Ed se levantó…

—Bueno, amigo. Mejor será que me indique pronto el lugar. Y si fracaso… ya nos veremos "allá arriba".

⋆ ⋆ ⋆

Todo tinieblas, ni siquiera una hoja moviéndose y un aire pesado, irrespirable, quieto. Solo los pasos leves de Ed avanzando por entre los árboles que rodeaban la casa de ventanas cerradlas.

Llegó hasta el muro de la casa, se aplastó contra él y apoyó su oído sobre la puerta cerrada. Unas voces lejanas, como de otro mundo que no era aquel, llegaron hasta el joven.

—"Están en el sótano" —se dijo.

Miró en rededor y se fijó en la tubería del desagüe que subía hasta el balcón. Trepó ágilmente por ella, temiendo que de un momento a otro se soltara el tubo y lo arrastrara en su caída.

Con un profundo suspiro, saltó hacia un lado, sujetándose con las manos a la baranda del balcón, balanceándose unos instantes en el vacío.

Tomó impulso y saltó por encima de los hierros, cayendo suavemente sobre el suelo del balcón. Maniobró rápidamente en la puerta de cristales hasta que con un ligero chirrido logró empujar hacia adentro una de las hojas.

A tientas, atravesó una habitación, abrió la puerta y salió al pasillo. Las voces se oían ahora un poco más claras. Llegaban de abajo. Ed no se había equivocado. Estaban en el sótano.

Deslizando su mano por la barandilla de madera, bajo rápidamente, los escalones hasta llegar a la planta baja. Entonces vio al fondo del vestíbulo una puerta por debajo de la cual salía una rendija de luz. Imposible de ver desde el exterior, desde luego.

Y en ese instante, sonó un grito, un espantoso chillido de mujer. Era Shirley.

—¡Asesinos! ¡No!

Ed se estremeció al percibir todo el espanto y horror que había en su agudo tono. Una fuerza sobrehumana pareció llegar en su auxilio. Una cólera formidable agitó todo su ser y le lanzó como una catapulta contra la puerta de madera, con tal ímpetu que parecieron temblar hasta los mismos cimientos de la casa.

Repitió la embestida y la madera saltó de sus goznes hundiéndose con estruendo.

El impulso de Ed no se perdió en el encontronazo con la puerta sino que le llevó rodando escaleras abaja con tal rapidez que estaba en el sótano antes de que los hombres y la mujer que se encontraban allí pudieran darse cuenta de lo que acababa de suceder.

La primera en reaccionar fue Shirley Graves. Estaba echada en el suelo, con los brazos y las piernas atadas. Su bello rostro estaba cruzado de arañazos, tenía un labio partido y el vestido desgarrado por un hombro y manchado de sangre.

—¡Ed! ¡Ed! —sollozó horrorizada—. ¡Quieren echarme vitriolo!

Howard Green estaba inclinado sobre Shirley Graves. En la mano tenía un frasco. Se había quedado sorprendido mirando hacia Ed.

Sentado en una silla, a horcajadas con los brazos apoyados en el respaldo, Paul Levinson miraba a Ed como miraría a una aparición del mismo infierno.

Willis Hunt y Collis se habían vuelto hacia la puerta.

—¡Howard Green, vas a tragarte ese frasco! —aulló Ed, saltando sobre el "gangster" y derribándolo.

Green profirió un grito de terror y dio un respingo hacia atrás, apartándose del líquido humeante que acababa de desparramarse cerca de su rostro al estrellarse el frasco en el suelo. Ed Ray le pegó con un pie, empujándolo sobre el líquido, pero Green se asió a una pierna del joven, sollozando y gritando histéricamente.

—¡Cobarde! —exclamó Ed levantando la pierna y descargándola sobre las manos que intentaban apresarle.

Paul Levinson se levantó de la silla, derribándola, y saltó sobre Ed intentando sujetarlo por detrás. Sus compinches atacaron al joven por ambos lados, pero Ed se revolvió furioso enfrentándose con Levinson. Le pegó un puñetazo en la barbilla y le obligó a retroceder unos pasos. Luego intentó desembarazarse de Willis Hunt pero Collis se lo impidió atenazándole ambos brazos. Ed trató de defenderse con las piernas pero Willis Hunt se las cogió, tiró de ellas, derribándole en el suelo.

Ed Ray forcejeó por soltarse. El cañón de una pistola se apoyó en su pecho y la voz amenazadora de Paul Levinson, ordenó:

—¡Quieto, amigo! ¡Quieto o disparo!

Shirley Graves sollozaba entrecortadamente.

Ed quiso volverse a mirarla pero alguien te dio un golpe en la nuca. Luego sintió que le levantaban en vilo y le apoyaban contra la pared.

—Escúcheme ahora, Ray —dijo Levinson lentamente, apuntándole con el arma—. Usted mató a mí hermano, lo sé. Fue a verle aquella noche después de saber que iba a casarse con la chica de Harper, la encontró allí y discutió con mi hermano, intentó llevarse a la chica hasta que finalmente le descerrajó un tiro. Muy bien, ahora vamos a saldar esa cuenta.

—¡No! ¡Él no le mató! —chilló histéricamente Shirley pugnando por soltar sus cuerdas con desesperados movimientos.

—No te asustes, Shirley —dijo Ed—. Paul Levinson no va a matarme.

Un gruñido salió de los labios de Paul Levinson. Luego su dedo empezó a apretar el gatillo.

# CAPÍTULO VII

El percusor del revólver iba a alcanzar su altura máxima antes de caer sobre el fulminante que haría salir la bala por el cañón del arma. Aquí, el dedo de Levinson se detuvo.

—¿Qué espera para echarse a temblar? —gruñó sordamente mirando a Ed Ray—. Nunca estuvo tan cerca de la muerte como en este instante.

—Todavía confío en su buen sentido, Levinson. Si dispara contra mí, tendrá que matar también a la señorita Graves. Usted ha cometido muchos delitos, pero nunca se ha mezclado en un asunto de asesinato. Eso es grave, usted lo sabe. Luego ¿qué espera ganar matándonos a la señorita través y a mí? Usted ni siquiera está seguro de que yo matara a su hermano...

—¡Claro que él asesinó a Harry, jefe! —chilló Green—. Descerrájele un tiro y acabemos de una vez.

—Cállate, Howard, no seas bruto —gruñó Levinson, bajando el cañón del arma—. Después de todo, el asunto de la muerte de mi hermano no está claro.

—Ni tampoco el asunto de Susy Fowler —agregó Ed—. Por cierto, la policía le busca a usted bajo la acusación de asesinato de *miss* Fowler, lo que añadido a mí muerte y la de *miss* Graves complicaría enormemente su situación.

—Lo de Susy fue un maldito accidente. No le pegamos para que se muriera de la paliza.

—Eso lo sé, Levinson. Susy Fowler no murió a consecuencias de la paliza, sino envenenada con cianuro.

—¡Envenenada! —exclamó Levinson abriendo de par en par sus saltones ojos.

—Miss Fowler quería hacer una declaración. Me envió en busca de un par de testigos fuera de la habitación. En mi ausencia, alguien entró por la ventana y la asesinó.

Levinson guardó silencio. Una grave preocupación debía haber estado pesando sobre él, y al sentirse aligerado de ella su rostro denunció alivio.

—Así pues ¡nosotros no matamos a la Fowler! —exclamó. Miró torvamente a Ed—. Pero usted pudo envenenarla mientras estuvo a solas con ella en la habitación.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Porque usted mató a mí hermano. Fue a la quinta de Harry, quiso llevarse a la chica de Harper y probablemente se peleó con mi hermano. Usted y el fiscal Harper tenían un motivo para querer deshacerse de Harry.

—¿Nadie más que nosotros, Levinson? ¿Por qué no se para a meditar un poco? ¿No pudo haber otro para quien Harry Levinson constituyese un estorbo o un peligro?

—¿Qué quiere decir con eso? —gruñó Levinson.

—Pues sencillamente, que mientras nos echamos las culpas unos a otros, el verdadero culpable sigue en libertad.

Levinson se rascó pensativamente la barbilla con el extremo del cañón de la pistola.

—Sí, ¿por qué no? Yo pensé que usted tenía suficiente motivo porque le gustaba la Harper, pero acaso convendría meditar acerca de la posibilidad de que sea otro el criminal. Tal vez tenga usted razón, Ray.

—Desde luego, así es —afirmó Ed—, pero tengo algo más que razón… Sé quién lo hizo. Aunque todavía no haya podido probarlo. Y si se molestara en reflexionar un poco también usted, Levinson, sabría quién mató a su hermano.

Levinson miró fijamente a Ed y este mantuvo la mirada. Luego el *gangster* giró en redondo, dando la espalda al joven y fue en busca de la silla que abandonara poco antes. Sentóse en ella, de nuevo, a horcajadas y apoyando los brazos en el respaldo recostó su cabeza sobre estos, hurtando su rostro a la vista de los demás. Así estuvo un buen rato, tanto que sus compinches empezaban a impacientarse y daban señales de nerviosismo.

Howard Green gruñía por lo bajo mientras paseaba a largas zancadas de uno a otro lado del sótano.

Collis se retorcía las manos una y otra vez.

Hunt fue el primero en romper el silencio, acercándose a la silla de Levinson y tocando a este en el hombro.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó.

Levinson alzó la cabeza y le miró. Parecía abstraído. De pronto se levantó de un salto y se encaró con Ed, haciendo caso omiso de Hunt y de su pregunta.

—Usted ha debido tardar mucho tiempo en descubrir al criminal —dijo lentamente, mirándole con astucia—. Solo con reflexionar no conseguiré saber su identidad… al menos, todo lo rápido que necesito. También hay que hacer averiguaciones. ¿No es cierto, Ray?

El joven se encogió de hombros. No contestó.

—Si quiere puede acompañarme. También su amiguita. Me marcho ahora mismo a la ciudad… y me alegraré si me acompaña en las indagaciones que pienso hacer —insinuó Levinson.

Los ojos de Ed brillaron.

—Esas indagaciones puede hacerlas usted solo —exclamó—. Rechazo su invitación de acompañarle en el coche, puesto que he dejado ahí fuera el mío. Pero desearía aclarar si quiso indicar con sus palabras que nos devuelve la libertad.

—Somos aliados, ¿no? —dijo Levinson, con una sonrisa cínica. Se volvió después hacia sus hombres y ordenó—: Soltad a la señorita y al señor Ray.

—Usted sabrá por qué lo hace —rezongó Collins, acercándose a Shirley de mala gana.

—Naturalmente que lo sé.

Cuando la joven y Ed estuvieron libres de las cuerdas, Levinson les invitó a salir, despidiéndose amablemente de ellos.

—Puesto que no piensan acompañarnos, pueden marcharse ya —les dijo.

Los jóvenes se apresuraron a obedecer.

Levinson y los otros les siguieron y subieron al "Mercury" que tenían aparcado en un lugar disimulado entre unos árboles.

Cuando el coche de Ray se puso en marcha y arrancó, no tardó en ser alcanzado y adelantado por el de Levinson que se perdió poco después del alcance de su vista.

⋆ ⋆ ⋆

Cuando el "Mercury" de. Levinson llegó al centro de la ciudad, el "gangster" ordenó a sus hombres que bajaran. Estos se sorprendieron de que su jefe les despachara, pero, no se atrevieron a protestar.

Levinson reanudó la marcha.

Era una noche calurosa, sin una ráfaga de aire que refrescara el ambiente. Sudaba copiosamente pero sus manos se aferraban al volante y en su mirada había una firme determinación.

Detuvo el coche en una calle no demasiado céntrica, más bien tranquila y poco Humillada, formada por casas de moderna construcción que se alternaban con chalets pequeños y bien cuidados.

Levinson detuvo el coche delante de uno de ellos. Atravesó rápidamente el jardincillo y sacando una llave del bolsillo abrió la puerta.

—¡Eleonor! —llamó.

No recibió contestación. Subió de dos en dos los escalones hasta llegar al primer piso. Atravesó corriendo el pasillo, golpeó en una puerta y cuando una soñolienta voz femenina contestó desde el interior: "Adelante", Paul Levinson hizo girar el picaporte y empujó la puerta.

Acababan de encender la luz y esta molestaba a los ojos negros y rasgados de la joven que se había incorporado en la cama.

—¿Cómo no me avisaste, Paul? —murmuró.

—No hagas preguntas —contestó el "gangster" rudamente—. Vístete enseguida que quiero que te largues de aquí.

La muchacha se despabiló inmediatamente.

—¿Qué quieres decir? —balbució asustada.

Levinson suavizó un poco sus modales.

—Solo será por un par de horas. Puedes coger mi coche y dar unas

cuantas vueltas a la ciudad. O si lo prefieres vete a un hotel. Mejor será esto último. Antes de regresar me llamas por teléfono.

La chica no hizo más preguntas. Empezó a vestirse inmediatamente mientras Levinson bajaba a la sala. Poco después le oyó telefonear a alguien, luego repitió la llamada, y cuando ella bajó había colgado ya el teléfono.

Él le acarició la barbilla y la besó ligeramente en los labios. Sacó su cartera y tendió un billete a la chica. Ella lo cogió apresuradamente y se lo guardó en el bolsillo de noche.

—Estaré en el "Garlton" —dijo. Luego se marchó.

Paul Levinson consultó su reloj de pulsera. Eran las dos y media. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre una silla, luego fue hacia la puerta de entrada y la abrió dejándola ligeramente entornada. Así lo había concertado. Apagó las luces, dejándolo todo en tinieblas.

Se sentó a esperar en un sillón, frente a la puerta de entrada.

Su mano sujetaba firmemente un revólver y sus ojos no se apartaban de la rendija de la puerta por la que llegaba una ligera claridad procedente de la calle.

Tuvo que aguardar media hora. Durante ese tiempo una lucha terrible se desencadenó en su interior. ¿Iba a matar al hombre que asesinó a su hermano?... Debiera hacerlo. Para ello habría necesitado la compañía de Collis o de Green, y ninguno de sus guardaespaldas estaban allí ahora. ¿Por qué exponerse?

No había necesidad de matar. No había concertado una cita para ello sino para hablar de "negocios". Eso era lo primero: poder dominar la ciudad como jamás pudiera llegar a hacerlo ni el mismo Harry.

Ed Ray tenía razón, porque algo de envidia había habido siempre en el corazón de Paul. Ansiaba, sí, el poder de su hermano, aunque jamás hubiera deseado su muerte. Ahora ya estaba muerto y él lo sentía sinceramente. Echaba mucho de menos a Harry, pero... ¿por qué no aprovecharse de su muerte? ¿Por qué no hacerse pagar su silencio?

Solo faltaba saber si podría dominar sus instintos, si cuando viera ante sí al asesino no descargaría su revólver contra él.

Oyó unas pisadas que se acercaban. Despacio, muy despacio "él" iba acercándose. Acababa de llegar ante la puerta y esta empezó a moverse lentamente.

—No tema —dijo Levinson—. Estoy solo, como le prometí... y no ignoro que nuestro encuentro debe quedar en riguroso secreto.

Se sorprendió al ver que aunque la puerta se había movido unos centímetros más de lo que estaba antes, nadie había entrado en la casa.

—¿Por qué no entra? —preguntó.

Nadie le contestó. Un sudor frío inundó su frente. Maldijo contra sí mismo por haberse aventurado solo en aquel asunto. Empezó a temblar de

miedo, mientras pasaban los segundos lentos y pausados.

Alguien había rodeado la casa y estaba maniobrando en la ventana de la cocina. Se abrió esta con un ligero chasquido y una sombra entró en la casa silenciosamente.

Paul Levinson se levantó nervioso del sillón. Empuñaba el revólver un tanto trémulo y avanzó temerosamente hacia la puerta. Miró por la rendija más no viendo a nadie la abrió de par en par. Se quedó en el umbral unos instantes y entonces oyó un ligero ruido detrás de él.

Giró en redondo, disparando su pistola sobre una sombra que creyó ver al fondo. La bala se clavó en una vitrina, rompió los cristales y se estrelló contra los jarrones de porcelana haciéndolos pedazos con estrépito y alojándose definitivamente en la pared.

Al mismo tiempo, un fogonazo surgió de las sombras y una bala fue a alojarse en la frente de Paul Levinson. El "gangster" cayó hacia atrás, cruzando el umbral y desplomándose sin vida en el jardín. Había en sus ojos una expresión tal de horror que habría impresionado a cualquier ser humano. Pero el que pasó por encima de él, cruzando el jardín, no le dedicó ni tan siquiera una rápida ojeada.

⋆ ⋆ ⋆

Pasaban de las tres horas cuando Ed Ray acompañó a Shirley Graves a su casa. La joven estaba moralmente deshecha, aunque las heridas que los "gangsters" le causaran habían sido solo superficiales.

—Necesitas descansar —le dijo Ed.

Habían tenido que ir a la policía y hacer una declaración de lo sucedido. Tanto el fiscal Harper que había querido estar presente, cómo el capitán Chesterton a quién habían tenido que levantar de la cama, se habían quedado sorprendidos ante la actitud de Ed hacia Levinson y los de la banda. No comprendían que Ed no hubiera intentado seguirles la pista. Resultó en balde que Ed les repitiera una y otra vez que fueron ellos los que habían dejado en libertad a Shirley y a él.

El capitán Chesterton estaba molesto con Ed.

—Usted no debió ir solo allá. Sabe muy bien que su obligación consiste en avisamos y habríamos podido cogerles.

—No debiste desaprovechar esa oportunidad —convino el fiscal Harper —. No ignoras el tiempo que vamos detrás de esos asesinos. Era una magnífica ocasión para arrestarlos.

—Harper, usted nunca arrestó a un hombre inocente —les había dicho Eddie.

—¿Inocente Levinson? —se sorprendió el fiscal.

—De los crímenes que le están acusando ahora, sí.

Ed había hablado en un tono tan resuelto que ya no habían querido hacerle más preguntas y les habían dejado marchar…

Shirley abrió la puerta de su casa e invitó a Ed a tomar una copa.

—Solo una —dijo el joven—. Quiero dormir unas horas antes de enfrentarme con el caso más difícil de mi carrera.

Shirley le miró intrigada, pero no le hizo preguntas. Estaba demasiado cansada para ello.

En aquel instante, sonó el timbre del teléfono.

—¡Oh, no! —protestó la muchacha—. Seguro que ese es Don.

—¡No contestes! —aconsejó Eddie—. Más vale que piense que no estás.

—Pero debiera hablarle. Mi artículo…

—¡Al diablo tu artículo! —gruñó Ed—. ¿Por qué no piensas por una vez como un ser humano y te preocupas de ti? No estás en condiciones de trabajar y tú lo sabes.

Shirley miró indecisa al teléfono que seguía sonando.

—No podré dormir con ese ruido —dijo.

Ed Ray se acercó al teléfono y sacó el enchufe de su sitio.

—Está bien —decidió Shirley—. Dormiré aunque sea un par de horas.

Ed terminó de beber su copa y se despidió. Ella retuvo su mano y le dijo:

—Gracias por haberme salvado, Ed.

Él la miró emocionado y no contestó. La atrajo suavemente hacia sí y la besó dulcemente en los labios.

Luego se marchó. Él también tenía necesidad de descansar, y de pensar también. Llegó a casa del fiscal, tomó algún alimento y se dirigió hacia su habitación.

Todos dormían, pero al entrar vio una nota sobre su almohada. La leyó:

> “Te han llamado por teléfono de la redacción del periódico. De parte de *miss* Graves que te espera urgentemente en…”

Ed se quedó como quien ve visiones. Hacía apenas media hora que se había separado de Shirley. Sabía que esta no pensaba atender ninguna llamada y era obvio que tampoco iba a pensar en hacerlo. Ahora resultaba que no solo había llamado, sino que había salido a la calle.

—Esto no puede ser… —susurró Ed.

Salió al pasillo y fue a llamar por teléfono a la redacción. Estaban comunicando. Llamó entonces a casa de Shirley Graves pero nadie cogió el teléfono. Era natural, él mismo lo había desconectado. Quedó perplejo.

Sabía que si Shirley Graves hubiera estado en su casa no cogería el teléfono. Pero también podría haber ocurrido algo imprevisto que obligara a Shirley a salir y no hubiera tenido tiempo más que para dejarle aquel recado. Y el recado era urgente.

Se decidió rápidamente. No perderla más tiempo intentando localizar a Don y desentrañando aquel misterio. Iría primero a la dirección que indicaba la nota y luego tendría tiempo de hacer averiguaciones.

Salió de la casa, sacó el coche del garaje, atravesó medio Stanville y fue a detenerse en una calle no demasiado céntrica, ni tampoco muy iluminada. Una calle formada por edificios modernos que alternaban con chalets pequeños, rodeados de jardines con setos recortados.

# CAPÍTULO VIII

Aguardó en el coche unos instantes mirando hacia la casa, preocupado. Le sorprendió tanto que estuviera a oscuras que empezó a pensar en lo absurdo que resultaba aquella nota de Shirley.

Estuvo seguro de que la muchacha estaría durmiendo en su casa, junto al teléfono que él mismo había depositado sobre el almohadón.

¿Entonces quién le había atraído hacia aquel lugar?

Se decidió y abrió la portezuela saltando a tierra. Fuera lo que fuese lo que allí le aguardaba, mejor sería afrontarlo cuanto antes. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el revólver que empuñó con firmeza. La frialdad del arma le daba una seguridad que anteriormente no tenía.

El fiscal Harper no era partidario de las armas de fuego. Solo al enterarse del secuestro de Shirley y de lo sucedido a Ed había transigido en que el joven admitiera el revólver que le ofreciera el capitán Chesterton.

Atravesó la verja y se hizo a un lado, perdiéndose entre las sombras del jardín como una sombra más. El aire quieto, irrespirable, permitía hacer más sonoros los ligeros ruidos que Ed hacía al caminar sobre la hojarasca reseca. Mantenía los ojos abiertos y el oído atento pendiente de cualquier otro sonido distinto del que él mismo produjera.

Siguió avanzando entre los macizos que bordeaban el camino central, deteniéndose de vez en cuando para mirar a su alrededor. Se había ido acostumbrando a la oscuridad y podía distinguir ahora la puerta de la casa. Se dio cuenta de que estaba abierta de par en par.

Todo estaba tan silencioso que Ed tuvo la seguridad de que allí no había nadie. Aquello le dejó perplejo. Pero no se dio por vencido y aguardó todavía unos minutos.

Evidentemente el chalet estaba deshabitado. No obstante, algo como un hálito siniestro parecía gravitar sobre aquellos alrededores y sobre el mismo Ed. Sintiéndose incómodo y aprensivo se amonestó a sí mismo por haber resuelto llegar hasta allí sin comunicar a nadie su decisión. En vano trató de repetirse que había intentado comunicar con el periódico y con la misma Shirley. ¿Por qué no había preguntado en su casa quién había recibido aquel mensaje?

No debía engañarse a sí mismo. Ed Ray gustaba de aquella vida llena de amenazas y peligros, con la muerte acechándole en cada esquina y con la posibilidad de llegar a esquivarla.

—No quiero que te metas en enredos, Ed —le había dicho el fiscal.

Pero era la vida misma lo que el joven encontraba en las fuertes emociones de su carrera. Podía haber aclarado el origen de aquel mensaje

y no lo hizo. Pudo abstenerse de ir y estaba allí.

En lugar de entrar por la puerta, llegó hasta los grandes ventanales que estaban entreabiertos y empujó los cristales. Levantó una pierna y la pasó al otro lado, saltó y se encontró en el interior de la casa.

El silencio era completo, como el de una tumba. Y avanzó por la habitación y tropezó con una mesa de té. Soltó una exclamación mientras la mesa crujía en su arrastre. Aguardó unos instantes en tensión pero no percibió ningún ruido.

Sacó el encendedor del bolsillo y lo encendió, iluminando la estancia lo suficiente para darse cuenta de que era una pequeña sala y bien amueblada. También pudo localizar el teléfono, fue hacia él y marcó el número de la redacción del periódico.

Esta vez no estaba comunicando. Apagó el encendedor y cuando le contestaron, Ed solicitó hablar con el director.

—Hola, Don, ¿puedo saber si fue la misma Shirley quien te dio un encargo para mí?

—¡No me hables de Shirley! ¡Pensé que te la habrías llevado de juerga! Estoy intentando conseguir dar con ella y todo es inútil… No está en su casa o su teléfono está estropeado. Hemos estado telefoneando cada cinco minutos, y todo en vano. Mañana debería salir su artículo. Es lo menos que puede hacer cuando además de redactor es protagonista de una extraordinaria aventura… Pero tú mismo vas a servirme, Ed. Vas a contestarme…

Ed Ray soltó el teléfono de repente, sin contestar a Don. Desde el suelo, salía lejana y casi inaudible la voz del director. Ed no se entretuvo en colocar el auricular en su sitio, corrió hacia la ventana y miró hacia fuera. Acababa de oír el sonido de un automóvil que se había detenido delante del chalet.

—“Shirley no tiene nada que ver en esta cita —se dijo—. El “baile” va a comenzar”.

Vio una figura, que avanzaba por el camino central. Su perfil difuminado, su forma de andar fue suficiente para reconocerle. Abandonó rápidamente la ventana, atravesó la habitación y salió por la puerta. El director del periódico seguía gritando por el teléfono derribado sin que nadie le escuchara.

Ed Ray avanzó un paso. Luego otro…

—Buenas noches; capitán Chesterton —saludó—. Supongo que habrá sido usted quien me citó aquí…

Se detuvo, mientras un escalofrío le recorrió de arriba a abajo. Acababa de tropezar con algo blando… Se inclinó, palpó un cuerpo y volvió a encender su encendedor.

Por unos instantes, al darse cuenta de que era el cuerpo de un ser humano, temió que pudiera ser Shirley. Cuando vio el rostro

ensangrentado con un orificio entre los ojos, reconoció a Paul Levinson.

Hal Chesterton había llegado junto a él y cuando el joven levantó la cabeza pudo ver, a la débil luz del mechero, la mirada acusadora con que el capitán le contemplaba.

—¿Qué significa esto? —dijo Chesterton—. Siempre he de encontrármelo en situaciones comprometidas.

Ed se levantó y miró fríamente al capitán. Luego apagó su encendedor.

—¿Ha sido usted quien me citó aquí? —preguntó.

—¿Qué tonterías son esas? —gruñó el capitán—. He venido porque Levinson me citó. Según parece había averiguado algo que podía darme la clave del asesinato de su hermano y el de la señorita Fowler. Estaba asustado de “alguien”… no quería que nadie supiera que había hablado con la policía.

Ed Ray no contestó, le dio la espalda y se dirigió a la puerta, entró en el vestíbulo y encendió la luz.

—¡Aguarde un momento! ¿A dónde va usted? —gritó Chesterton.




*—¡Quieto, amigo! ¡Quieto o disparo!*

Ed se detuvo y se volvió.

—Voy a telefonear. Supongo que habrá que llamar a comisaría. ¿Lo ha olvidado usted?

Siguió su camino y desapareció por la puerta de la sala. Chesterton le siguió y antes de que Ed llegara hasta el teléfono, todavía descolgado, pero invisible desde donde ambos se encontraban, Chesterton volvió a hablar:

—¡Espere un momento, Ray! Creo que debe decirle que voy a acusarle de triple asesinato.

El joven se volvió, en redondo y miró a Chesterton. La luz del vestíbulo resultaba insuficiente para ver con claridad el rostro de Ed y Chesterton encendió la luz de la sala. El joven le miraba con frialdad.

—No ignoro que pensaba acusarme. Esta vez no pienso huir. Aguardaré aquí, a que vengan sus agentes, y entonces me defenderé.

—¿Defenderse? ¿Piensa que alguien le creerá?

—Sí. Puesto que puedo presentar al verdadero culpable.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y quién es?

—Usted.

Hal Chesterton retrocedió como si hubiera recibido una bofetada.

—No gaste bromas, Ray.

Ed Ray sacó el revólver y amenazó con él al capitán.

—Sé que ha sido usted, Chesterton. Tengo pruebas.

Chesterton palideció. Quedó quieto. Contempló fascinado el cañón del arma que le miraba acusador.

—¡Está loco! —murmuró, dando un paso atrás.

—¡Quieto! —ordenó Ed—. No cometa ninguna tontería de la que tenga después que arrepentirse.

—La única tontería que he tenido que lamentar es dejarme embaucar por sus mentiras.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Deténgase! —le ordenó Ed.

Chesterton no obedeció, siguió andando despacio.

Ed disparó cerca de sus pies, tratando de detenerle. Entonces se dio cuenta de que ninguna bala había salido del revólver. Atónito miró hacia Chesterton y le vio volverse sonriente, con un arma en la mano con la que le apuntó, mientras avanzaba hacia el centro de la sala.

—No intente huir, Ray —dijo lentamente, como recreándose en sus palabras—. Esta vez no llegará muy lejos porque tiraré a matar.

Los ojos de Ed centellearon. Comprendió que el arma que le diera poco antes en la comisaría, estaba amañada.

—No voy a escapar, Chesterton —dijo.

—Pues creo que debería hacerlo… Sería lo normal. Incluso conveniente.

—Conveniente para usted ¿no, Chesterton? Sería muy cómodo decir a

los agentes que tuvo que disparar porque intenté huir después de matar a Levinson.

—Eso es exactamente lo que va a ocurrir. Porque usted está loco, Ed. Solo a un loco se le ocurriría acusarme a mí de asesino cuando es usted el verdadero culpable. Lo presentí desde el primer momento.

—Por eso me entregó esta pistola, ¿no es eso? —dijo Eddie Ray, añadiendo con ligero sarcasmo—: En ese caso, ¿tomo pude matar a Paul Levinson con ella?

—¡Cállese! —ordenó Chesterton.

—Debiera exigirme que hablara, capitán. Su obligación era preguntarme el motivo de que yo me encontrara aquí. Yo podría contestarle a eso, explicándole que me habían traído a este lugar por medio de un engaño. No tengo la culpa de que usted me encontrara por segunda vez en tan macabra compañía.

—Tampoco tengo yo la culpa de que esté usted siempre en todos sitios.

—Y usted también. ¿Cree que no me di cuenta de eso? Cuando la muerte de Harry Levinson acudió justo en el momento oportuno para encontrarme allí. También se apresuró a acudir al hotel en donde se encontraba Susy Fowler. Y ahora aquí…

—¡Usted no me vio en el hotel! —protestó Hal Chesterton furioso, interrumpiéndole.

Ed Ray sonrió ligeramente.

—Exacto, capitán. Yo no le vi.

Chesterton estaba de espaldas a una especie de librería antigua, alta y estrecha, situada junto a la puerta, y encima de la cual había un jarrón con flores artificiales. Chesterton retrocedió un paso y tropezó con el armario. Este se bamboleó un poco.

—Usted no pudo verme porque yo no estaba allí —exclamó Chesterton —. Pero usted sí estaba. Probaré que solo usted pudo matar a Susy Fowler.

—¿Se imagina que le creerán? —preguntó Ed, mirándole fijamente.

—Naturalmente que sí. Sobre todo, porque usted no estará vivo para negarlo.

—Poco importaría. Existe un sobre dirigido a cierta persona para que lo abra en el caso de que me ocurriera algo. De nada servirían sus mentiras —dijo Ed—. Se sabría a pesar de todo, que fue usted y no yo quien mató a Harry Levinson, a Susy Fowler… y ahora a Paul.

Chesterton parpadeó y estudió atentamente a Eddie. Ignoraba si el joven mentía o le estaba diciendo la verdad. Pero si era cierto lo que decía, el capitán estaba metido en un callejón sin salida.

—Ya me habló antes de esas pruebas ¿por qué no me dice de una vez cuáles son? —se impacientó—. Yo le demostraré que está en un error. Yo no tenía ningún motivo para matar a esa chica. Ni tampoco a Harry Levinson y mucho menos a Paul.

—Últimamente, Chesterton, he averiguado muchas cosas sobre usted. En primer lugar, me interesó vivamente el que un capitán de policía tuviera un coche como el suyo…

—Cualquiera puede tenerlo hoy día —interrumpió el policía con sequedad.

—Yo no puedo tenerlo —contestó Ed con naturalidad—. Pero volviendo a lo nuestro, le diré que lo del coche resultó secundario al enterarme del tren de vida que lleva… ¡Ah, Chesterton! Usted necesita dinero, muchísimo dinero. ¿De dónde lo saca?

—No tengo que darle cuanta a usted —contestó agresivo.

—Ni necesito que me la dé —dijo Ed mientras su rostro enrojecía de cólera—. ¡Sé que recibía dinero de Harry Levinson! Usted, que tiene el deber de no solo respetar la ley, sino de obligar a cumplirla, ha sido capaz de venderse y deshonrar el cuerpo a que pertenece.

Chesterton le interrumpió con un gesto de su mano.

—Aguarde un instante —dijo, sonriendo con cinismo—. Si usted cree que yo recibía dinero de Levinson, ¿cómo puede insinuar siquiera que yo fuera capaz de exterminar a “mi gallina de los huevos de oro”?

—Precisamente, porque se habían acabado los huevos de oro —dijo Ed con énfasis—. Levinson ya no le daba dinero, había cerrado la bolsa, pero exigía de usted cada vez más. Usted estaba en un aprieto y no porque Levinson ya no le diera dinero sino porque se servía de su complicidad anterior para coaccionarle con la amenaza de arruinar su carrera.

Hal Chesterton había palidecido, pero no se borraba de sus labios la cínica sonrisa.

—No diga tonterías, Ray —exclamó—. Usted sabe que eso no es cierto y que ningún motiva tenía yo para matar a Levinson.

—No pienso discutir la evidencia de los hechos. Y eran tales sus motivos que no vaciló en ir aquella noche a su casa. Estaban citados y usted no ignoraba lo fue Levinson pretendía. El violar la ley resultaba muy fácil para usted cuando cobraba a cambio, pero ahora… tener que obedecer a Levinson a cambio de sus amenazas, debió resultarle muy duro, ¿es cierto?… No se ría porque no puede engañarme. Sé que está asustado porque sabe que no tiene escapatoria.

—No estoy asustado, Ray —dijo el policía, poniéndose serio de repente —. Lo que ocurre es que no quería enfadarme al escuchar todos sus embustes mal urdidos. Yo no he matado a nadie.

—¡Usted fue aquella noche a casa de Levinson, le mató y avisó después a la comisaría desde el teléfono más cercano que pudo encontrar!… Había visto en casa de Levinson a la señorita Harper y pensó que si la policía la encontraba allí la culparían del crimen. Aunque también es posible que no viera a la señorita Harper, sino que fue a mí a quién vio y pensó en cargarme “el muerto”. Pero le salió mal el plan. Luego tuvo miedo de Susy

Fowler. Usted no sabía hasta qué punto estaba la chica enterada de las cosas. Cuando usted se enteró, como yo, de que ella había ido aquella noche a casa de Levinson, puesto que así lo demostró el cheque, es natural que temiera, incluso el que ella le hubiera visto al llegar. Más tarde, el día en que la chica murió, usted nos siguió a Ellistown y en cuanto localizó la habitación, estuvo escuchando desde la escalerilla de incendios. Cuando supo que ella iba a hablar, la mató.

—¡Eso es mentira! —rugió Chesterton mientras en sus ojos aparecía un destello de alarma.

—Alguien le vio entrar en el hotel —dijo Ed acusador.

Un ramalazo de locura pasó por los ojos de Chesterton. Levantó el arma y pareció dispuesto a disparar.

—Voy a acabar con sus mentiras para que no pueda repetirlas a nadie… con sus mentiras y con usted.

—No le aconsejo que haga eso, Chesterton —advirtió Ed—. No le conviene hacerlo así. Un disparo en la espalda es lo acertado, ¿no le parece? Así podrá explicar que lo hizo cuando yo intentaba huir.

Chesterton se desconcertó y este fue el momento que Ed Ray aguardaba.

Se arrojó de cabeza contra el estómago de Chesterton y este se dobló en dos mientras retrocedía violentamente hasta tropezar pon el armario. Pero al mismo tiempo, apretó el gatillo y una bala salió directa hacia la cabeza de Ed Ray.

# CAPÍTULO IX

Ed sintió la quemadura del plomo en la sien. Se llevó la mano a la cabeza, retrocediendo, mientras el jarrón que estaba en lo alto del armario, caía sobre la cabeza de Chesterton dejándole atontado por el golpe y haciéndole soltar el arma que cayó a sus pies.

En cuanto Chesterton se recuperó, se abalanzó furioso contra Ed dando inconscientemente una patada al arma que fue a parar debajo de la alfombra. El joven se hizo a un lado y el capitán cruzó la sala resollando, yendo a chocar contra la pared opuesta a la puerta.

Se revolvió furioso y se abalanzó contra Ed. El joven recibió la embestida de Chesterton encajándole un puñetazo en la mandíbula. Chesterton retrocedió violentamente hacia atrás, sus pies se enredaron en la alfombra y cayó al suelo. Ed saltó sobre él, pero el capitán era un hábil luchador, le recibió con ambos pies en su estómago y le impelió lanzándolo por encima de su cabeza contra un mueble bar.

Los dos se pusieron en pie al mismo tiempo. Ed atacó disparando su puño contra el estómago de Chesterton, siguió con un segundo golpe, levantándole en vilo y luego un tercero que hizo salir a Chesterton volando contra una mesa.

Chesterton se tapó la cara con ambas manos, tratando de detener los golpes. Se echó a un lado y gateó hasta el otro lado de la mesa con respiración jadeante. Agarró las patas de la mesa y tiró de estas hacia arriba volcándola. Cuando lo hubo conseguido empujó con fuerza la mesa contra Ed.

El joven dio un salto mientras la mesa pasaba por debajo de él impelida por el empujón de Chesterton para ir a chocar contra el armario, rompiendo los cristales que cayeron al suelo con estrépito. Ed llegó junto a Chesterton, pero este se escurrió y Ed aterrizó en el suelo.

El policía aprovechó este momento para caer sobre el joven y cogerle la garganta con ambas manos, disponiéndose a apretar.

La presión de acero de aquellas manos iba dificultando cada vez más la respiración de Ed. Su rostro empezó a enrojecer y su boca se abría ansiosa en busca del oxígeno que se le negaba a sus pulmones. Sus ojos parecieron querer salirse de sus cuencas, mientras sus venas se hinchaban. Comprendió que Chesterton estaba ahogándole pero no podía hacer nada. La rodilla del policía sobre su espalda le inmovilizaba.

Con un impulso desesperado se zafó de la pierna de Chesterton, rodando a un lado y golpeándole el vientre con la rodilla.

Con un alarido de dolor, el policía soltó la garganta de Ed y se llevó las

manos al vientre. Ed aprovechó este momento para rodar sobre sí mismo y ponerse en pie de un salto.

Hal Chesterton saltó a su vez como un gamo hacia el lugar en donde momentos antes cayera el revólveres Había quedado visible al arrugarse la alfombra. Ed saltó también y dejó caer su pie sobre la mano del policía.

Luego Ed se agachó y cogió a Chesterton por los hombros obligándole a ponerse en pie mientras que pegaba un puntapié al arma que fue a parar al vestíbulo. Después descargó un tremendo puñetazo sobre el pecho de Chesterton quien retrocedió impulsado por el golpe hacia la ventana. Al llegar allí se cogió con una mano a los cortinajes y estos se vinieron abajo envolviendo su figura.

Ed Hay se arrojó sobre Chesterton. Sin permitirle el desembarazarse de la tela que le envolvía siguió aporreándole hasta alcanzarle con un demoledor gancho izquierdo que hizo salir al capitán disparado contra los cristales del ventanal. Estos se rompieron estrepitosamente, pasando entre ellos Chesterton que fue al aterrizar en el jardín.

En este instante, la sirena de un coche policial llenó son su aullido todos los ámbitos de la casa y poco después varios agentes de la fuerza pública corrían hacia allí por el camino central.

Ed salió de la casa.

Varios policías estaban ayudando a levantarse a Hal Chesterton. El capitán tenía el rostro ensangrentado y magullado pero sus ojos refulgieron en la casi oscuridad. Alargó un brazo tembloroso en dirección de Ed.

—¡Detengan a ese hombre! —rugió—. ¡Es un asesino!

Ed Ray, jadeando todavía a causa del esfuerzo realizado, miró a los agentes. Los agentes le miraron a él.

—¡Ha matado a Paul Levinson! ¡Yo lo he presenciado! —insistió Chesterton.

—Esperen un momento —dijo una voz autoritaria en el jardín.

Todos se volvieron a mirar al que acababa de hablar.

El fiscal Harper vino lentamente por el camino central.

—A quien deben detener es al capitán Chesterton —dijo.

—¡Mentira! —aulló Chesterton, abalanzándose contra un agente, derribándole al suelo, echando a correr hacia la calle y empujando al fiscal a su paso.

Harper retrocedió dando traspiés ante la embestida de Chesterton pero consiguió mantener el equilibrio, mientras gritaba:

—¡Detengan a Chesterton!

Los agentes reaccionaron inmediatamente echando a correr tras de Chesterton.

Sonó un disparo entre las carreras y una voz de “alto”. Luego el ruido de lucha sobre ramas que se quiebran. Más tarde la voz de uno de los

agentes, gritando:

—¡Ya le tenemos! ¡Le hemos capturado, señor Harper!

El fiscal no les escuchó. Estaba mirando cómo Ed se limpiaba la sangre que le manaba de la herida de la frente.

Se acercó hacia él y apoyó una mano en su hombre en afectuoso gesto. Presionóle este.

El joven apartó el pañuelo de su rostro y le miró a su vez, sonriéndole con afecto.

—Hijo mío —dijo con acento emocionado—. No sabes cuánto me alegra verte a salvo.

El fiscal Harper estaba muy pálido y sus ojos reflejaban como dos espejos la luz que salía por la puerta de la casa. Impulsivamente abrió los brazos y apretó entre ellos a Ed. Luego le apartó a un lado y entró en la casa.

Ed le siguió, curioso.

El fiscal entró en la sala y se volvió hacia Ed.

—¿Dónde está el teléfono?

El joven se lo mostró. Todavía estaba descolgado y tirado en el suelo.

Harper lo cogió y se lo llevó al oído. El director del periódico continuaba todavía al aparato.

—Aquí el fiscal Harper… Hemos llegado a tiempo… Sí… que vaya a mí casa… —luego colgó y se volvió hacia Ed—. Márchate corriendo a casa. Allí te espera una muchacha que ha pasado muy mal rato.

Sin comprender demasiado lo que Harper estaba diciendo, Ed se le quedó mirando indeciso.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí? ¿Quién le dijo que Chesterton era el asesino?

Harper se impacientó.

—¡Entrometido muchacho! ¿Quieres largarte de una vez?

Ed miró de pronto hacia el teléfono y comprendió. Dijo un rápido “adiós” al fiscal y echó a correr saliendo a la calle en busca de su coche.

* * *

Al llegar ante la casa del fiscal, Ed detuvo el coche y saltó a tierra.

Una figura femenina atravesó la verja de los Harper y corrió hacia el coche. Ed abrió sus brazos, recogiendo entre ellos el cuerpo de Shirley Graves. La muchacha besó desesperadamente a Ed, y este, al fin, le devolvió los besos. Cuando hubieron recobrado el aliento la muchacha le miró con los ojos brillantes de lágrimas, mientras se apartaba un poco para contemplarle mejor.

—¡Oh, Ed! Estás herido, querido —gimió—. Cuéntame lo ocurrido.

—No ha pasado nada, Shirley, tranquilízate.

—¿Qué no ha pasado nada? —protestó la muchacha—. ¡Oh, ha sido

horrible, espantoso, algo que jamás podré olvidar! Todo el tiempo yo estaba allí, al otro lado del teléfono, escuchando cómo peleabais... sabiendo que te estaban matando, y no saber siquiera en dónde...

Ed sonrió y atrajo hacia sí a la joven.

—Querida, no creo que el lugar hubiese importado mucho si llego a morir... Pero serénate y cuéntame ahora cómo te enteraste.

—Cuando me dejaste me quedé dormida enseguida, pero Don no se contentó con telefonear constantemente, y; al final, mandó a un aprendiz a mí casa. El timbre de la puerta me despertó y me vi obligada a acompañar al muchacho a la redacción. Cuando llegué, tú acababas de llamar, y habías dejado de hacerlo de una forma tan sospechosa que Don continuó a la escucha hasta que oyó señales de lucha. Avisó a la policía y esta pudo localizar la llamada y conseguir llegar hasta allí, ¡Pero mientras tanto yo estaba escuchándolo todo! Oía unas veces tu voz amenazando a Chesterton, pero otras veces era a Chesterton a quién oía. Hasta que oí la voz del fiscal no pude respirar con tranquilidad.

—Pobrecilla mía —susurró Ed, acariciando la cabeza femenina.

Ella se apretó contra él y juntos se dirigieron hacia la casa de los Harper.

La señora Harper salió a recibirles a la puerta y abrazó a Ed. Helen estaba de pie en el vestíbulo, muy pálida y con los ojos enrojecidos. Cuando Ed se le acercó para saludarla, la muchacha dio media vuelta y echó a correr escaleras arriba, desapareciendo de la vista de los recién llegados.

—¿Qué le ocurre? —se sorprendió Ed.

La señora Harper contrajo su rostro en una mueca de disgusto.

—Han sido demasiadas emociones para Helen —dijo—. Mientras sabía que tú estabas en peligro, Helen se repetía una y otra vez que ella era la única responsable por todo cuanto estaba sucediendo. Pero pasemos a la sala. Tomaremos una taza de café.

Cuando Ed estaba hablando llegó el fiscal Harper. Parecía muy cansado y avejentado.

—Bueno, muchacho. Este asunto se ha terminado.

—Falta arreglar las cuentas con la banda de Levinson —advirtió Ed. Pero de repente, pareció recordar algo y se volvió hacia Shirley, encarándose con ella—. Oye, Shirley, ¿cómo estás todavía aquí? No has corrido a la redacción a escribir tu artículo...

Se detuvo, cada vez más sorprendido de lo que estaba viendo.

Ella movió gozosa la cabeza.

—¡Oh, no, Ed! Que aguarde el periódico. No hay prisa.

El joven abrió mucho los ojos y contempló a la muchacha con expresión asombrada.

—No te comprendo, Shirley...

—Anda, ve a llevarla a su casa y tal vez pueda explicártelo por el camino —dijo la señora Harper.

Cuando el fiscal y la señora Harper se quedaron solos, se miraron tristemente.

—Le hemos perdido —musitó la señora Harper.

El fiscal permaneció unos instantes pensativo. Luego pasó un brazo por debajo del de su esposa y murmuró:

—Sí, las cosas no siempre ocurren como los padres desean. Nosotros lo hemos perdido, pero la pérdida es más dolorosa para Helen, ahora que ella ha comprendido lo que verdaderamente vale ese muchacho y se siente inclinada hacia él…

# CAPÍTULO X

La iluminada entrada del “The House Blue” estaba congestionada de curiosos. En la puerta giratoria, en vez del acostumbrado portero de recargados entorchados y sonrisa melosa, un agente de policía intentaba despejar la acera de curiosos.

En el interior del salón, Ed Ray arrinconaba a preguntas a Herbert Page, presunto propietario de aquel espectáculo.

—Mejor será que declare de plano, señor Page.

—¡No tengo nada que declarar! —chilló el hombre como si fuera una rata.

—No tenemos nada contra usted aparte de regentar este antro. Esto va a cerrarse y usted preferirá largarse al extranjero antes que dar con sus huesos en la cárcel por complicidad en todos los desmanes de los Levinson.

El hombre se retorció las manos con nerviosismo. Miró a su alrededor temblando de miedo. Al fin se acercó a Ed Ray y susurró algunas palabras en su oído.

El joven hizo una mueca de disgusto y pareció vacilar unos instantes. Luego se dejó guiar por Herbert Page hasta el despacho, y una vez dentro cerró la puerta en presencia de los agentes que les vieron desaparecer con sorpresa.

Una vez solos, Herbert Page se encaró con Ed.

—Voy a hablar, pero usted me prometerá sacarme de la ciudad.

—Nadie sabe que usted ha podido decir nada.

—Está usted muy equivocado. Algunos de esos policías que están ahí afuera están pagados por Levinson…

Ed Ray escuchó atentamente a Herbert Page. Cuando el hombre hubo concluido de hablar, Ed sintióse casi enfermo. Comprendió por qué los hermanos Levinson habían conseguido dominar a la ciudad. Todo lo habían conseguido por medio del dinero.

Desde el más humilde agente de policía hasta encumbrados, personajes, todos habían caído ante tal añagaza y se había postrado delante de la autoridad de los Levinson, sirviéndoles como heles vasallos.

—Nos ha hecho usted un gran servicio —dijo Ed—. No lo olvidaré. Yo mismo voy a encargarme de ponerle a salvo.

Pero todo fue en vano.

Herbert Page murió como mueren en el hampa los delatores. Dejó detrás de él una larga lista de nombres, y Ha Ray pudo efectuar un enorme número de detenciones que limpiaron la ciudad de Stanville de todos los individuos indeseables.

* * *

Un coche patrulla irrumpió en la pista de aterrizaje en donde acababa de detenerse un coche negro. Howard Green saltó del vehículo. Un poco más allá aguardaba una avioneta, y el *gangster* corrió hacia ella.

—¡Deténgase, Green! —gritó Ed Ray, desde el coche patrulla.

Howard Green se detuvo y miró al coche que se precipitaba sobre él. Se llevó la mano a la funda sobaquera y disparó contra el conductor del coche.

Saltaron hechos añicos, los cristales del parabrisas. El agente cayó de bruces sobre el volante con el rostro ensangrentado.

Howard Green reanudó su carrera, pero casi enseguida se detuvo en seco.

El coche patrulla, perdido el control por la muerte de su conductor, iba recto hacia la avioneta.

En el último momento, dos agentes y Ed Ray reaccionaron y pudieron saltar a tierra antes de que el coche se estrellara. Sonó una explosión seguida de una llamarada, que confundió a los dos vehículos.

Simultáneamente con el estruendo de la explosión, dos automóviles más de la policía llegaron a la pista haciendo sonar sus sirenas. Avanzaron uno por cada lado hacia Green, que echó a correr pista adelante.

Varias metralletas tabletearon desde los coches patrullas, que adelantaban rápidos hacia el *gangster*.

Mientras tanto, Ed Ray y los otros dos agentes perseguían a Green, disparando contra él. Green se volvió e hirió a otro agente, el que llevaba mayor ventaja. El policía se llevó una mano al pecho y cayó al suelo.

Poco después, Howard Green se detenía alcanzado por un disparo del arma de Ed Ray. Intentó reanudar la carrera, pero se tambaleó y se derrumbó pesadamente en tierra, agonizante.

Ed Ray llegó junto a él y el *gangster* le miró con odio.

—Al fin me cogió —murmuró.

Luego murió.

* * *

Willis Hunt y Collis se habían escondido en un chalet en las afueras de la ciudad. Herbert Page había dado a Ed Ray una lista de los lugares en donde los *gangsters* podían haberse ocultado. Tras infructuosa búsqueda en distintos sitios, habían logrado localizarles allí.

—Les quiero vivos —dijo Ed Ray a los agentes cuando llegaron cerca de la casa.

Era de noche, pasadas ya las once, no hacía demasiado calor, pero el aire estaba quieto. En el interior de la casa había luz. Salía por una ventana de la planta baja, que se abría a la parte delantera del jardín,

iluminando unos macizos de flores.

Los agentes de policía fueron desparramándose por los alrededores, deslizándose entre los árboles hasta rodear la casa. Ed Ray llegó más cerca que los demás, ocultándose detrás de un árbol frondoso y de tronco grueso que se erguía majestuoso al pie de la casa. Entonces gritó:

—¡Hunt! ¡Collis! ¡Sabemos que están ahí! ¡Salgan con las manos en alto! ¡Les tenemos rodeados!

No hubo contestación, pero casi al instante se apagó la luz, quedando la casa completamente a oscuras.

—¡Fuego! —gritó Ed.

Una ráfaga de ametralladoras brotó desde distintos lugares, y se escuchó el ruido de varios cristales de ventanas al romperse.

Entonces, desde dos ventanas diferentes de la planta baja, dos metralletas asomaron su cañón y barrieron una porción de jardín, haciendo saltar las piedras y las hojas, arrancando ramas de cuajo y obligando a los policías a ocultarse tras los árboles.

Inmediatamente, los agentes devolvieron los disparos, tirando alto para no herir a los *gangsters*. Sonaron más cristales al romperse y luego el fuego cesó durante unos instantes para reanudarse y proseguir intermitente durante toda la noche.

—Vamos a obligarles a salir y lo harán cuando estén cansados —dijo Ed Ray.

A la llegada del alba, se cumplió la profecía de Ed Ray.

Hunt y Collis se dieron por vencidos o habían acabado sus municiones. Lo cierto es que se abrió la puerta de la casa y la figura de Hunt se perfiló en el umbral. Llevaba las manos a la cabeza. Bajó lentamente los escalones y avanzó despacio por el camino central.

Varias agentes surgieron desde la arboleda y se le acercaron, deteniéndole. Hunt no opuso resistencia.

Poco después, fue Collis quien salió, entregándose sin rechistar. Ambos miraron a Ed Ray rencorosos, y este les sonrió irónicamente.

—Debieron haberme hecho caso anoche. Se habrían ahorrado el pasar una mala noche.

—Naturalmente —gruñó Willis Hunt—. Habríamos podido dormir toda la noche a pierna suelta… en la cárcel.

—¿Tan culpables se sienten que ya saben a dónde van a ir? —sonrió Ed, mirándole burlón.

Willis Hunt le miró de tal forma que demostró claramente los sentimientos que guardaban hacia Ed.

Este se puso serio de repente.

—De todas formas, tengan la seguridad de que en la cárcel no les echarán vitriolo —dijo con dureza.

Hunt y Collis palidecieron.

Cuando se vieron ante el fiscal Harper, este les miró acusador.

—Hemos tardado en cogerles, pero ya todo se ha solucionado. Se acabaron sus crímenes y sus desmanes. Durante unos cuatro años les tendremos a la sombra y tardarán algún tiempo antes de que puedan reanudar su "oficio". Para entonces, como tendrán muchas canas, es de esperar que se habrán sosegado sus ánimos y no alterarán esta ciudad ni ninguna otra.

Hunt y Collis no hicieron ningún comentario, pero sus pensamientos eran idénticos. Sabían que tardarían tiempo, mucho tiempo, en poder hacer nada, en ninguna ciudad del mundo, pero en Stanville...

Mientras Ed Ray estuviese allí la vida en aquella ciudad transcurriría con la misma tranquilidad que se encuentra en una balsa de aceite.

En cuanto a Ed Ray, avanzaba calle arriba, en busca de Shirley Graves, que se encontraba en la redacción del periódico. Había limpiado la ciudad y deseaba que se enteraran de ello todos los habitantes de Stanville. Sabría que con ello serían muchos los corazones que recobrarían su ritmo normal.

También él estaba ya tranquilo. Había conseguido atraparlos a todos. Solo quedaba Morley, el del hermoso corazón...

* * *

Acodados en la barandilla del barco, el fiscal Harper y su hija Helen saludaban con la mano a Ed Ray y a Shirley, que les despedían desde tierra.

El rostro del fiscal Harper delataba su amargura por la humillación que los recientes sucesos habían engendrado.

—Sé que puedo, confiar en ti, muchacho —había dicho a Ed—. Esa es la única satisfacción que me queda. Dejándote a ti de fiscal suplente puedo marchar tranquiló. Estaremos ausentes unos meses... Helen también necesita viajar para distraerse.

Había sido la mejor solución para que la gente olvidara, Helen Harper necesitaba que se olvidara todo si deseaba vivir en paz en Stanville.

La joven se había quedado muy delgada y estaba muy pálida. En sus ojos podía leerse claramente una expresión distinta a la de antaño: Ya no había orgullo en su porte sino más bien todo delataba en ella que sentíase avergonzada y apesadumbrada por su comportamiento en aquel desagradable asunto de Harry Levinson.

Como el fiscal dijera a Ed, aquello ya era algo.

Ed Ray se había despedido de ella con un beso en la frente.

—Helen —le había dicho—. Ahora debes procurar divertirte mucho y olvidar todo este maldito asunto. Tienes toda una vida por delante. Aprovéchala. Cuando regreses no olvides que Shirley y yo seremos para ti como dos hermanos. Eso es lo único que nunca debes olvidar. Lo demás, bórralo de tu mente.

Los ojos de Helen Harper se habían llenado de lágrimas. Había muchas cosas que debería olvidar, pero quizá aquella sería la principal: Shirley y él…

Ahora, contemplándoles desde el barco, acodada en la barandilla, Helen podía adivinar en sus rostros toda la felicidad que sentían. Suspiró intensamente y en su rostro se reflejó una enorme nostalgia. Nostalgia de aquellos tiempos en que ella hubiera podido conseguir el amor del joven y ser tan feliz como lo era ahora Shirley Graves. Pero era demasiado tarde. Siempre es tarde para aquellos que no saben cumplir con las leyes fundamentales de la moral y la honradez.

El fiscal Harper miró a su hija con el rabillo del ojo. Lentamente adelantó una mano hasta posarla sobre la de su hija.

La sirena del barco empezó a sonar. La escalera iba a ser izada…

Ed y Shirley saludaron por última vez al fiscal y a Helen, y se volvieron, iniciando el avance entre el gentío que había ido a despedir el barco.

Hacia ellos llegaba corriendo un hombre con una maleta en la mano. Tropezó violentamente contra Shirley. La chica se tambaleó ante el encontronazo.

—¡Caramba, señorita Graves! —exclamó el hombre—. Me alegra encontrármela.

Ed Ray miró al hombre y entonces este le miró a él. Un gesto de sorpresa se plasmó en ambos rostros.

—¡Morley!

—¡Señor Ray!

Durante unos segundos se quedaron paralizados los dos. Luego, Morley miró hacia la pasarela que empezaba a subir unos centímetros.

—Si me lo permiten… pensaba coger ese barco —insinuó, mirando de soslayo a Ed Ray.

El fiscal suplente fijó su mirada en el suelo e hizo un gesto irónico.

Entonces, Morley guiñó un ojo a Shirley e indicó con un gesto a Ed Ray.

—Ya no hay nada que hacer en esta ciudad y me marcho. Es demasiado duro el señor Ray.

Echó a correr y alcanzó de un salto la pasarela que ya estaba a medio metro del suelo. Trepó ágilmente por ella, y cuando llegó a cubierta se asomó a la barandilla y les gritó:

—¡Siento no poder asistir a su boda!

Shirley y Ed se miraron y se echaron a reír. Se despidieron por última vez del fiscal. Helen había desaparecido.

Cogidos del brazo, muy juntos y felices, la pareja echó a andar, confundiéndose entre la multitud, que empezaba a abandonar el muelle.

FIN

# FAMOSOS

## FRANCES

**El idioma de la cultura y el turismo**



Saber otro idioma es duplicar los posibilidades de aumentar sus ingresos.

Aprenda **Francés** con el método más sencillo, rápido y eficaz que se conoce: el Curso AFHA de Francés... ¡Lecciones claras, amenas, con miles de dibujos que hacen más fácil la enseñanza!

**Con discos o sin discos.** Con un concepto moderno de la enseñanza por el sonido. Usted aprende el lenguaje familiar, el que verdaderamente necesita.



**Si sigue el Curso con discos, AFHA le ofrece un tocadiscos "Young Music" de Kolster en condiciones extraordinarias**

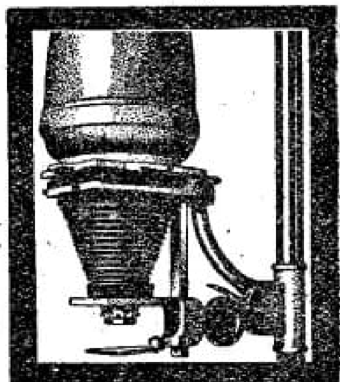
M. Nicolau, 9-11 BARCELONA (6) - Hileras, 4 MADRID (13)

# CURSOS AFHA

## FOTOGRAFIA

**Una afición que rinde beneficios**





Adquiera los conocimientos que necesita, tanto artísticos como técnicos, para ser un buen fotógrafo. Desde el manejo de la cámara hasta la selección tricromática para la fotografía en color. La toma de vistas, el encuadre, el retrato, la fotografía de niños, la fotografía de reportaje, comercial y publicitaria, ¡todos los secretos de laboratorio! Cientos de oportunidades para que usted pueda especializarse y ganar dinero.

Aprenda Fotografía con el Curso AFHA de Fotografía. Recibirá, gratis, un completo laboratorio y una ampliadora profesional para que pueda trabajar desde el primer momento.

**¡GRATIS! Recorte y envíe este cupón HOY MISMO y recibirá amplia información.**

AFHA

Envíenme sin compromiso amplia información del Curso (escriba el que le interese)

Curso ____________________

Nombre ____________________

Domicilio ____________________

Población ____________________

M. Nicolau, 9-11 - BARCELONA - 6 - Hileras, 4 - MADRID - 13

## FIRMAS QUE REPRESENTAN A

# EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

## EN LOS PAISES QUE SE CITAN

---

**REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

**COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

**COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

**CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

**CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

**DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

**ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

**GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

**MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

**PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

**PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

**PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

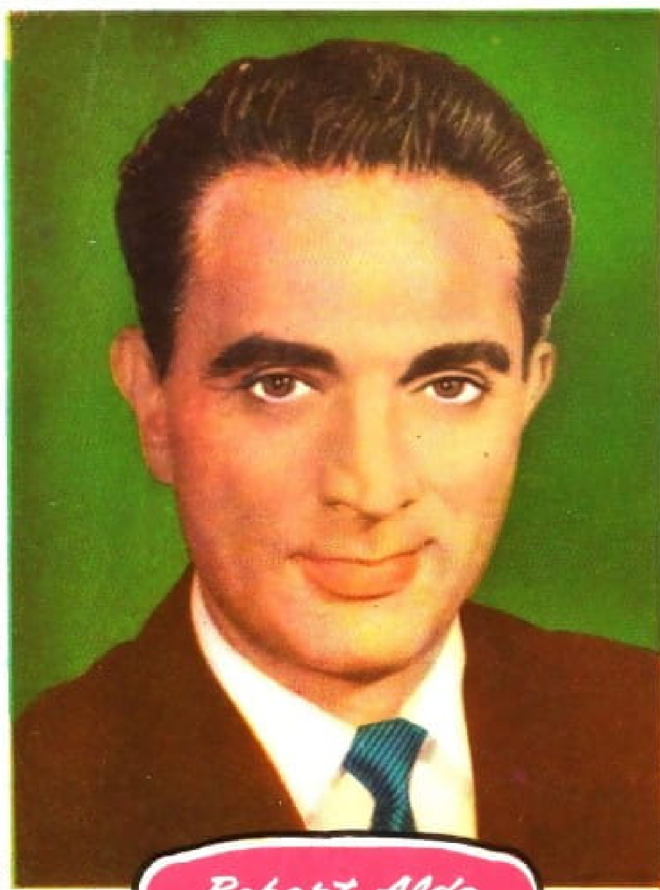
**PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

**SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

**URUGUAY.** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

**VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS







Este veterano actor del cine norteamericano nació en Nueva York, el 26 de febrero de 1914, con el nombre de Alphonso D'Abruzzo. Ultimamente lo hemos visto en «Imitación a la vida».

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spair